

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
— Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. — Nú-
mero suelto, 10 céntimos. — Atrasado, 25. — Co-
rresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

CARTAS VISTAS

Hay que repetirlo muchas veces: las Cámaras de Comercio favorecen el actual orden de cosas. Y lo favorecen, porque, aparte la agitación que llevan a los ánimos, aspiran solo a una pequeñez: a que cada contribuyente pague unos céntimos menos de contribución. Y conseguido esto, se retirarán tranquilamente a sus tiendas.

Claro es que desde mi punto de vista pareceme de perlas lo que hacen. Contra su voluntad, y a pesar de lo estrecho de sus miras, están escribiendo el prólogo de la revolución, esa revolución sin la cual no se salvará España.

Ya lo van comprendiendo algunos y asustándose de su obra. Si encontraran el medio de hacer una retirada honrosa, lo aprovecharían. Están que no les llega la camisa al cuerpo, desde que vieron que el pueblo, con motivo del cierre de tiendas que decretaron por hacer que hacían, exclamó en algunas poblaciones: «¡aquí estoy yo!»

Continúan perturbando las Cámaras de Comercio que no se han acordado de que España está perdida hasta que se les ha dicho: «¡pagar!» sin temor a que les digamos: «¡Basta, basta!» Pero conste que no nos entusiasma lo que hacen.

Y hablo hoy de esto, porque veo a algunos republicanos dispuestos a hacer suyo el programa de esos señores, olvidándose de que, en lo que tiene de benéfico para el país, es el nuestro, y que se lo han apropiado interinamente para ahorrarse unos perros chicos. Si quieren ir a alguna parte, que se unan a nosotros. Pero nosotros a ellos, que reniegan de los políticos a cada paso, aunque les toman sus programas para conseguir fines particulares? No; nunca.

Aparte estas razones de momento, hay otras que debemos tener en cuenta mirando al porvenir. Una vez esos señores en el secreto de que pueden perturbar por esos medios a los gobiernos, apelarán a ellos en el instante que la República no les diera política de metro y litro. Recordemos lo que intentaron el 73 contra nosotros, y lo entusiasmadamente que ayudaron luego a la restauración.

Verdad es que nos quedaria el recurso, que ya he indicado, de poner en manos del pueblo un poco, para que se entretuviese en demoler esas murallas de egoísmos, y después aquí no habría pasado nada en punto a responsabilidades. Mas por lo mismo, y en previsión del mañana, no nos confundamos con esos señores.

Aquí hay que hacer algo más que pedir limosna de economías; hay que trasladarlo todo, incluso lo que se relaciona con esos que reniegan hoy de los políticos, y que, en último término, son unos ingratos con los de la restauración, que tantas leyes han dictado en su exclusivo provecho.

Merced a ellas, han podido reunir esos capitales en cuya defensa se agitan hoy, han alcanzado y utilizado la influencia que va aneja al dinero, han conservado sus hijos en tanto que los de los pobres perecían en Cuba y Filipinas por defender intereses, comerciales en primer término, cubiertos con el pabellón de la patria.

En fin, republicanos; aprovechémonos de la agitación que las Cámaras de Comercio producen, pero no hagamos nuestras sus aspiraciones. La bandera de la República es esencialmente política, y ellas odian a los políticos. La suya no es tampoco bandera social, que también tremolamos, sino bandera de economías parecidas a las del chocolate del loro.

No podemos entendernos, pues. Ni debemos entendernos.

José NAKENS

EL CATOLICISMO Y EL LIBREPENSAMIENTO

Sr. D. José Nakens.

Mi querido amigo: Circunstancias que usted conoce me mantienen alejado de la lucha en pro de nuestros ideales, pero no porque permanezca callado deo de abrigar los mismos entusiasmos, y deseo llegue pronto el día en que pueda consagrarle de nuevo a la propaganda de los únicos principios que pueden asegurar el progreso humano en

general, y la salvación de nuestra desgraciada patria en particular. Mas ahora, al oír hablar de catolicismo, al estudiar el desarrollo y las tendencias de esta agrupación nueva, me he creído en el deber de dirigirme a El Motín para dar la voz de alerta a los librepensadores de Cataluña, a fin de que no se dejen engañar por nuestros eternos enemigos, o inconscientemente sean cómplices del nuevo crimen que proyectan llevar a cabo los católicos catalanes.

He dicho mil veces, y no me cansaré de repetir, que España ha sido una víctima del catolicismo: por el catolicismo se desangró cubriendo de osamentas españolas los campos de Alemania; por el catolicismo se despojó arrojando de su seno a los judíos y moriscos, que se llevaron, para que nunca jamás florecieran, nuestra industria, nuestro comercio y nuestra agricultura; por el catolicismo se embruteó quemando a todos los que brillaban por su inteligencia o por su saber e incomunicándonos con el resto de Europa, porque ni los libros extranjeros podían salvar la frontera, ni los jóvenes españoles podían visitar las aulas de las demás naciones; por el catolicismo perdimos Flandes, que él fué el principio de la desmembración; por el catolicismo dejamos de obtener el descubrimiento de América los frutos que obtuvieron otras naciones de sus colonias; por el catolicismo no hemos conquistado en Marruecos la influencia que consiguiéramos sino fueran allí los soldados acompañados del fraile, y en vez de pedir libertad para alzar iglesias pidiéramos mercados y libertad de tráfico; por el catolicismo hemos perdido Filipinas y por el catolicismo vamos también a perder Cataluña. ¡Triste sino el de esta nación, a la que llaman hija predilecta de la Iglesia, recibir de ésta los golpes más ciertos y que más la precipitan en la ruina!

El nuevo partido catalanista que se ha fundado en Barcelona, es un partido separatista por más que traten de disimularlo algunos de sus secuaces. Francamente proclaman la creación de un Estado catalán, y lo que conceden los más templados, es la unión a España por medio de una confederación a semejanza de la de Hungría al Austria y la de la Noruega a Suecia. Ningún espíritu progresivo puede secundar semejante movimiento, y ciente, amigo Nakens, que soy decidido partidario de la descentralización; creo que los males de España arrancan de ahí, de ese Madrid donde se resuelven sin competencia y muchas veces impulsados por malos móviles, asuntos que afectan exclusivamente a la vida de los pueblos; de ese Madrid donde no se acuerdan de las provincias más que para exigir los tributos e imponerles castigos caneros, de ese Madrid que en otros tiempos al menos desollaba por sus centros de cultura, por los hombres de saber y de ciencia que albergaba en su seno, pero que ahora se ha quedado atrás de las provincias en todos los órdenes del saber y del trabajo. Quiero, sí, la autonomía de las regiones y de los municipios; aceptaría, si meenter fuera, el federalismo; pero la formación de Estados independientes, desajazados de los actuales, cuando la tendencia es agrupar éstos y constituir grandes naciones, me parece un retroceso que debemos rechazar los amantes del progreso y de la civilización moderna.

Y ¿quiénes son los que alientan y sostienen principalmente la idea catalanista? Leed, leed la lista de las sociedades agrupadas en la Unión; allí veréis, entre otras cofradías y congregaciones piadosas, *La Uiga de la Mare de Deu de Montserrat*, gilemos de formar nosotros, los librepensadores, al lado de los que predicen el exterminio nuestro? En el programa de Manresa claramente se consigna que se mantendrán las actuales relaciones entre la Iglesia y el Estado, es decir, que si se constituyera Cataluña en nación, la religión oficial sería la católica, la libertad de cultos continuaría proscribita y el Estado catalán seguiría pagando al clero y sosteniendo los obispos, frailes y monjas cuya desaparición pedimos. ¡Ah! y esto, según el programa de Manresa, porque la Iglesia ha aceptado el actual estado de derecho; que si la Iglesia no hubiera transigido con los concordatos, se establecería el gobierno catalán bajo el patrón de los estados de la Edad Media. ¡Es eso lo que quieren defender los librepensadores catalanes?

No hay necesidad tampoco de estudiar programas, de inquirir principios y de averiguar tendencias. Basta fijarse en las personas que principalmente defienden el catalanismo. ¿Quiénes son? Los obispos y los curas. El obispo de Vich fué el que primero hizo gala de su desdén hacia España en un acto solemne presidido por el general Martínez Campos; el actual obispo de Barcelona es catalanista decidido, y los curas de toda Cataluña predicaban constantemente en el púlpito que Cataluña debe ser independiente de Castilla, porque es más católica que ésta, como lo demuestra el sinnúmero de templos que cubren su tierra aquí abajo y el sinnúmero de santos catalanes que pueblan el cielo allá arriba.

¿Cómo pueden los librepensadores catalanes llamarse a engaño ante hechos tan palpables y manifiestos? Aunque no la aprobara, me explicaría una tendencia catalanista que tendiera a fundar un Estado superior al Estado español, proclamando la libertad de cultos, la abolición de las órdenes religiosas, el secuestro de los bienes eclesiásticos; pero separar a Cataluña del resto de España para entregarla en manos del clero, para retroceder todavía, no, eso no puede ser. Los que siendo librepensadores se llamen catalanistas, hacen traición a sus ideas. Es lo mismo que un librepensador que fuera carlista. Estos, estos son los únicos que pueden aceptar el programa de Manresa y estos son los que más o menos disfrazadamente secundan el movimiento contra España.

Ya sé que existen en el seno del catalanismo individualidades respetables que procuran quitar al nuevo partido todo carácter neo y reaccionario; hasta hay pujos de constituir una izquierda catalanista; pero desengáñense esos inocentes ciudadanos; las cosas caen del lado que se inclinan. Resucitar formas muertas, desenterrar leyes arcaicas, excluir de las escuelas la enseñanza del cristellano cuando nosotros quisiéramos que se enseñara en ellas también el francés o el inglés, constituir una casta privilegiada con los catalanes cuando nosotros quisiéramos que todos los hombres de todos los pueblos fuesen admitidos al ejercicio de las artes y profesiones, levantar fronteras cuando nosotros queremos que desaparecieran, no puede ser obra de librepensadores. En un partido que tal se propone, ha de predominar siempre los curas, los neos, ha de ser obra del jesuita. ¿Quiéren los librepensadores catalanes ser cómplices de

los hijos de San Ignacio? ¿No? Pues sepárense del catalanismo y consagren sus energías, no a matar a España, como quieren los católicos, sino a desterrar de ella a la Iglesia, que es la condición precisa para que esta nación que ha difundido por el mundo una civilización de odio y muerte, difundida en lo porvenir una civilización de amor y de fraternidad universal.

CAZALLA

A las almas piadosas

El presbítero a quien querían encerrar en la Trapa después de escribir el folleto contra su compañero Ferrándiz, continúa en el uso de todas sus licencias.

Lo que advertimos a las almas piadosas con oratorio ó capilla, por si quieren utilizar sus servicios, que prestará a precios equitativos.

Nota.—Debemos advertir que es predicador de renombre, gran músico, y que posee a la perfección el francés. A la vez es monseñor romano y adorna su pecho con la placa de la gran cruz de la orden de Villaviciosa de Portugal.

Otra.—Desde hoy abre en esta redacción consulta diaria, de 10 a 12, para los que quieran saber la manera de arreglar sus asuntos en la Nunciatura con relativa economía. Estipendio módico.

Otra.—Irá a dar pláticas a domicilio acerca del perdón de las ofensas, la caridad y el amor al prójimo, con los últimos adelantos introducidos en esas virtudes cristianas en el palacio episcopal de Madrid. Esto, gratis.

¡Aprovechad la ocasión!

SÉ HIPOCRITA

He aquí varios fragmentos de una carta que cierto Mentor escribió no ha mucho a un su inexperto y malacompajado Telémaco.

«Si te exigieran que como Cristo murieses en la cruz, ó bebieses la cicuta como Sócrates, ó quemaras tu diestra como Scévola, ó te arrojas en negra sima como Curcio, ó como los mártires cristianos hicieses entre los tormentos confesión de tu fe, comprendo yo que repugnaras la cosa. ¡Si no hay nada de eso, criatura! Mira en torno tuyo. ¿Qué ves? Los cartujos fabrican licores, los benedictinos hacen chocolate, los jesuitas captan herencias, las monjas cosen para fuera, las hermanas de la caridad se beben el caldo y se comen la gallina de los enfermos. Nada de cilicios, azotes, maceraciones, ayunos ni abstinencias. Del monaquismo, del ascetismo, de la austeridad, de la vieja piedad fanática, pero viva y sincera, no queda ya más que la cáscara.

«¿Qué se te pide, después de todo? Que estés media hora en la iglesia todos los domingos y fiestas de guardar oyendo misa y mirando a las muchachas. Que confieses y comulgues una vez por pascua florida. Que acudas a alguna novena y alumbres alguna vez al santísimo. Que te des golpes de pecho sin lastimarte lo más mínimo. Que no te desvanezcas y eclipses en cuanto se empiece a rezar el santo rosario. Que entres en alguna devota cofradía y formes parte de la comunidad de los *Luzes*. Que tus ideas sean sanas, moderadas. Que frecuentes el trato de personas de peso: un párroco, un canónigo, un jesuita. Que leas a Balnes y Donoso, y no a Voltaire ni Rousseau. Que en todos tus actos exteriores resplandezca la compostura y la piedad.

En cambio de estas leves restricciones verás ensancharse Castilla delante de ti como ante el caballo del Cid. Tendrás bula para pecar. La opinión usará para juzgar tus deslices una manga de franciscano. ¿Que tienes algún devaneo con ó sin consecuencias visibles, que te dedicas a verlas venir y a tirar de la oreja a Jorge, que te entregas a deportes alcohólicos y tributas a Baco un culto gentilicio? ¡Bah! pequeneces, fruslerías, pecados veniales, achaques de la edad. *Il faut que jeunesse se passe*. Mientras no cometes el brutal pecado de sinceridad, todo te será perdonado.

Y no es eso solo, inocente. Cuanto hagas será bueno, cuanto pienses excelente, cuanto digas maravilloso. ¿Que pintas monos? Velázquez no te iguala. ¿Que compones ripios? Mal año para Leopardi. ¿Que hablas en el Ateneo? Demóstenes se queda tamaño. ¿Que escribes en los periódicos? Larra no te llega al zancajo. Eres un asombro, un prodigio, un portento. Eres *l'enfant sublime*, como llamó Chateaubriand a Víctor Hugo cuando él que había de ser andando los tiempos gran poeta de la libertad, era todavía un precoz chicleo legitimista. Calcula ahora, calcula por debe y haber, y mira si hay negocio en el mundo en que se gane más poniendo menos.

¿Y vas tú a perder tontamente semejante breva, joven inconsciente y sin seso? Ya sé, ya sé lo que estás rumiando mientras lees estos renglones. ¡Si me parece estarte oyen-

do! Hinchido de la *morgue* krausista, ya mandada retirar desde hace treinta años, hablas de la santidad de la conciencia, de la integridad de la vida, del respeto que la verdad merece y del horror que experimentas por la mentira. ¡Pamplinas! ¿Sabes tú lo que prueban esas declamaciones? Pues prueban tu ignorancia; sí, tu crasa, tu supina ignorancia. Tú desconoces la grandeza de la mentira, su poderío, su omnipotencia. Tú no sabes, majadero, que la mentira es la piedra angular de la sociedad en que vivimos. Ficción escribe Constituciones, ardid gana batallas, fama engendra reputaciones, creencia consuela, promesa engaña, ilusión encanta, calumnia deshonra y destruye. Se mete en la urna y hace diputados, va a la Bolsa y hace ricos, habla de estrados y gana pleitos, explica en cátedra y hace sabios, entra en el templo y hace santos. Ella lo es todo; plan financiero, programa político, billete del Banco, manjar incombustible. Bien lo sabe Silvela que, si se desposó con la verdad, está con la mentira amancebado, sintiendo por ella el amor que siempre inspira la hembra que no es propia. Max Nordau quiso zaherirla é hizo un libro que es un mcnumento en su honor. Y eso que el materialista alemán se quedó corto, ya que, á más de las mentiras que él enumera, moral, social, política, patriótica, económica, hay otra infinidad de mentiras: mentira sacerdotal, jurídica, financiera, médica, alimenticia... La mentira invade el campo de la verdad, Penetra en la historia y se llama leyenda; se ingiere en la ciencia y se llama hipótesis. ¿Pues qué creías tú, tontito, que la mentira estaba relegada al mundo de las ficciones; el teatro, el poema, la novela, ó reducida a inspirar á porteras y comadres el chisme de vecindad? La mentira es la más positiva y también la más augusta de las realidades. En ella nos movemos y somos. Vivir es mentir.

No tomes, no, ese aire olímpico y desdeñoso. ¡Si tú supieras cómo me río yo de tus aires! Y si no, ven acá, ¡oh Aristides incorruptible, oh Catón indomable, oh Cincinato agreste!, y dime por tu vida, ¿es que nunca has rendido a la diosa falsa el indispensable tributo? ¿Tienes por tu señores á todos aquellos á quienes escribes «muy señor mío»? ¿Besas la mano de todos aquellos á quienes dices se la besas? ¿Te pones á los pies de todas las damas á cuyos pies dices ponerle? ¿Nunca encargaste á tu criada que dijera que no estabas en casa, estando? ¿Nunca brindaste tus servicios en la misma carta en que niegas un favor? ¿Nunca ofreciste tu casa sin ánimo de que viniesen á tomar posesión de ella? ¿Nunca aplaudiste á la aficionada pianista ó cantante que te dió la lata? ¿No has celebrado en el teatro el esperpento de algún amigo? ¿Nunca te ha ocurrido llamar guapa á la fea, amable al importuno, discreto al necio ó eminente al tonto? ¿Son amigos tuyos todos aquellos á quienes calificas de tales? Todos tus plácemes, todos tus pesámenes, ¿han sido sinceros? ¿Jamás sonreíste riñiendo ó pusiste cara de entuerto sintiendo tentación de risa? Pues si en todo mientes como miente todo el mundo, ¿por qué has de hacer hincapié en no mentir, cabalmente en aquello en que la falsedad es discreción y la mentira prudencia?

«Si no eres casto, sé cauto», dice una sapientísima máxima. Si no puedes ser creyente, sé hipócrita, hombre, sé hipócrita, te digo yo ahora. No te obstines, simplón. No te dejes dominar por el temor de que te llamen fariseo y Tartufo y sepulcro blanqueado cuatro pelagatos que en su vida tendrán una peseta. De seguir sus huellas, nunca serás nada. Vivirás en la miseria y morirás en el hospital. Toda tu vida será un cursi, porque has de saber que, según los órganos más autorizados de la opinión, la verdad en asuntos de conciencia no se lleva ya, no viste, es una antiqualla de pésimo gusto como la peluca, la chupa y el espadín. Y á más de todas estas desgracias, caerá sobre tu cabeza rebelde la maldición que, de ahora para entonces, fulmina contra ti, en nombre de la santa mentira, tu cariñoso,

Mentor»

Esto y aún más dice la epístola. ¿Desoirá Telémaco los sabios consejos de su guía y director espiritual? De hacerlo así, fuerza sería reconocer que el amor de la verdad había echado muy hondas raíces en su juvenil corazón.

ALFREDO CALDERÓN

REVOLUCION POLITICA

Y REVOLUCION SOCIAL

Con este título publicó el *Progreso* en su número 13, correspondiente al 4 de Junio último, un artículo firmado por el ilustrado tipógrafo Juan José Morato. Claro es que estando el autor afiliado al partido socialista, se cree obligado a poner su talento al servicio de sus correligionarios; pero si la propaganda del socialismo es un deber en los que lo sienten y lo entienden, el reconocimiento de la verdad y de la lógica es una obligación en los hombres sanos de inteligencia y de intenciones.

No pretendo contender con quienes, más jóvenes y más ilustrados (y disponiendo quizá de más tiempo), tienen el entusiasmo natural en quien no ha sufrido desengaños; ni quiero abusar de la hospitalidad de El Motín, que necesita sus columnas para asuntos de actualidad; pero en la imposibilidad de reproducir el artículo de referencia, refutare algunos de los que yo creo errores de buena fe y fantasías de la inexperiencia.

Es costumbre en los socialistas españoles señalar el desarrollo del socialismo en Alemania, en

Bélgica, en Inglaterra y en otras naciones que padecen el régimen monárquico, como prueba de que la forma de gobierno no es obstáculo para el menecioado desarrollo, y al mismo tiempo hacen resaltar las luchas continuas entre el capital y el trabajo en las naciones que tienen gobierno republicano. Esto es desfigurar los hechos ó desconocer el temperamento, las costumbres y la historia de los pueblos; y así como nuestros políticos, cuando quieren modernizar las leyes españolas, no saben más que copiar las de otros países, sea ó no sea adecuado el ambiente en que han de desenvolverse, así nuestros apóstoles del socialismo se empeñan en que éste tome cuerpo y consistencia con arreglo al patrón inglés, belga ó alemán, sin tener en cuenta que el carácter de los habitantes del Norte de Europa es más frío, más calculador, más tenaz que el de las regiones meridionales; que la clase media y pequeña burguesía es más estudiosa y emprendedora que la nuestra y da al socialismo un contingente de ilustraciones que la de aquí nos niega, y que la religión, aunque mala como lo son todas, no ha llegado á ser, como en los países latinos y especialmente en España, un obstáculo vergonzoso para todo lo que significa ciencia y el enemigo más terrible de la civilización y del progreso. Por esto, y porque la legislación no es tan enrevesada y arbitraria como entre nosotros, el socialismo puede en esas naciones prosperar y tener á raya las demasías del capital.

En las repúblicas americanas no existe el socialismo democrático verdaderamente organizado, pues si existiera, ya habría echado por tierra la sociedad capitalista, merced á la exigua fuerza de las ejércitos permanentes. Además, la indolencia de las razas indígenas y la heterogénea masa de inmigrantes no son, hoy por hoy, elemento favorable á la nivelación moral y económica de las clases. No existe, pues, razón para igualar el régimen republicano al monárquico, pues las desigualdades sociales no han de desaparecer en las repúblicas por la generosa iniciativa de los poseedores del capital, sino por la presión y la violencia de las masas productoras, cuando éstas sepan aprovechar el ambiente de libertad y democracia en que viven.

En Suiza no revisten gravedad las luchas entre burgueses y trabajadores. En Francia, merced al régimen republicano, tiene el socialismo extenso campo para sus operaciones, y ya domina por completo en muchos municipios y se hace respetar en las Cámaras legislativas. En Italia, aunque monárquica, las leyes un tanto democráticas y la anulación del clero en la insurrección pública y en la gobernación del Estado, van abriendo amplio horizonte á las aspiraciones del proletariado, que aprovecha las contiendas políticas para escalar gran número de puestos en las corporaciones administrativas y en el Parlamento.

En España esto es más difícil, porque, aparte del carácter indolente de la mayoría de sus habitantes, el régimen monárquico no se basa en la protección de las fuentes de riqueza, como sucede en otras monarquías, sino en el fanatismo religioso y en la hegemonía del militarismo, escollos que hay necesidad de destruir para que no aparezcan como una raza de parias. A esto tiende la democracia republicana, y á esto debieran tender *ante todo y sobre todo*, los esfuerzos del socialismo democrático.

Confían los socialistas en que la labor lenta y constante de sus oradores y escritores conducirá á los obreros españoles á un estado de cohesión y solidaridad que dará al traste con la organización capitalista y, por lo tanto, con sus puntales el militarismo y la Iglesia; pero como estas dos entidades no son tan ciegas que se dejen minar la base de su existencia, reaccionan cada día con más fuerza hacia el absolutismo, y con la ruina de los partidos liberales y democráticos vendrá la del socialismo.

Se impone la revolución política para cambiar el régimen, y no deben olvidar los socialistas que la mayoría de los republicanos españoles no lo son solamente para contentarse con la palabra *República*.

No tiene, pues, razón el señor Morato al afirmar en su artículo que las diferencias entre la Monarquía española y la República son *leves*, de forma. Ya sabemos que la República, por muy democrática que sea, no acaba con la esclavitud económica; pero, el mismo señor Morato lo confiesa: da más medios de defensa al esclavo. Por lo tanto, la revolución social, por lo mismo que es de más trascendencia, es posterior á la revolución política, y cuando más radical sea ésta, más facilitará el camino de aquella.

Es hermoso, sublime, levantar la vista y el pensamiento por encima del repugnante convencionalismo político que nos degrada, para fijarnos más allá del presente momento histórico, más allá de las fronteras que la política ha establecido, más lejos de esta generación y de muchas generaciones, para buscar una solución radical á las desventuras de la humanidad, fuera del idealismo religioso, olvidando con vergüenza todo lo tradicional y mitológico, berrando las glorias y los crímenes de las razas que pasaron, para fijar un porvenir de progreso y fraternidad entre las razas que han de sucederlas; pero... dame el punto de apoyo que desaba Arquímedes, y yo os fijaré el día de la transformación social.

Mientras tanto, oigamos á Bakounin: «Este grandioso siglo XIX, del cual somos hijos y que aún nos aplasta con la inmensidad de sus concepciones, ha sido por excelencia el siglo humanitario y ateo. El ha afirmado al hombre y negado á Dios. El ha comprendido que para emancipar al hombre, para romper todas sus cadenas, para darle la felicidad, la dignidad y la libertad, es necesario aplastar al infame; es decir, destruir todos estos fantasmagóricos, todas estas abstracciones metafísicas y teológicas que á través de la historia han servido siempre á todos los tiranos de pretexto y medio para desmoralizar, esclavizar y explotar á la humanidad.»

T. GENTIL
(obrero tipógrafo.)

...¡Y VAMOS VIVIENDO!

En el seno de la confianza y en el trato particular encuentra uno tantos individuos que no quieren pasar por retrógrados, reaccionarios ni fanáticos, que dicen que son republicanos, que profesan ideas radicales, que abominan del clericalismo y que tienen el convencimiento de que eso de las religiones es una filia, que asombra cómo la monarquía, la Iglesia y el régimen social existente pueden prevalecer en un país en

que la inmensa mayoría de los ciudadanos no están conformes, según afirman, con esas cosas.

Pero examinando después lo que la generalidad de esos que así hablan en privado hacen en público, se comprende perfectamente que todo aquello subsista a pesar de tanto enemigo que tiene.

¿Cuántos de esos que se llaman republicanos dejan de recibir favores de la monarquía si ésta les ofrece algo que halague su vanidad o acrezca sus intereses?

¿Cuántos de los que teóricamente aceptan las reformas sociales, y defienden de palabra el mejoramiento de la clase obrera y la abolición de la tiranía del capital sobre el trabajo, dejan de explotar al obrero, al empleado o al dependiente, si poseen una industria, una oficina o un comercio?

¿Cuántos de los que en la mesa del café o en el corro de los amigos hablan mal del clero y de la Iglesia, dejan de ir los domingos y fiestas de guardar a misa con la señora y los niños?

¿Cuántos de los que privadamente se burlan de los preceptos religiosos y dicen que no creen en nada sobrenatural, dejan en trances apurados de confesarse contritamente, disponiéndose con todos los aditamentos para que su alma, al dejar la vil materia en la tierra, se vaya de un vuelo derecha a la gloria?

Muy pocos; casi ninguno, si se establece una lógica relación entre los que aparecen armonizando sus actos con sus palabras y los que se ve que en la práctica contradicen lo que sostienen teóricamente.

Y es que se desenvuelve hoy la vida colectiva bajo el régimen de un convencionalismo tan hipócrita y cobarde, que anula y esteriliza al individuo que de él quiera salirse.

Romper con ese convencionalismo es una locura que sólo intentan los mal hallados con sus propios intereses y con sus particulares egoísmos.

Esto lo hacen muy pocos. Los otros, los que saben nadar y guardar la ropa han inventado para disculpar y defender su conducta un pretexto frívolo, que a fuerza de repetirse ha llegado a la categoría de argumento de peso y de razón poderosa.

«No debe uno salirse del medio ambiente social en que vive».

Esto es: yo soy republicano, pero como la monarquía es la que impera, debo aparecer como monárquico para no chocar, para no señalarme; yo soy radical, socialista y todo lo que usted quiera, pero como los de mi gremio, los de mi industria no lo son, o si lo son lo disimulan, yo debo imitarlos, porque lo contrario sería discrepar, salirse del círculo normal y corriente; yo soy anticlerical, pero no está bien visto que la familia no vaya a misa, ni oiga sermones, ni haga novenas, y hasta es ridículo que uno mismo haga alarde de ciertas desprecupaciones... no, no es conveniente que a uno le señalen y le tilden por cosas de tan poca monta, que no valen la pena; yo, créame usted, en el fondo soy excoptico, descreído, incapaz de conculgar con ruedas de molino, pero ¿qué se diría de mí y de los míos si yo mañana muriera sin confesar, sin sacramentos, sin bendición apostólica... Vaya, después de todo, esas cosas nada significan; la conveniencia aconseja hacer lo que hagan los demás, porque por algo y para algo se vive en la sociedad y se aceptan los usos y las costumbres que se han establecido.

Cierto que seguir tal línea de conducta es un sistema muy cómodo y eminentemente práctico; sobre todo poco expuesto.

¡Son muy cueros esos radicales platónicos! Republicanos que por lo pronto se ven libres de las persecuciones de los monárquicos y más tarde se encuentran en aptitud de recibir favores de la República.

Socialistas y radicales que hoy explotan en sus talleres y en sus industrias a los obreros, pero que si mañana se promulga una ley que regule las horas de trabajo y establezca el aumento de jornales, todo el tiempo que dure el sistema actual llevarán por delante y eso irán ganando.

Anticlericales e irreducibles vergonzantes que no se exponen a censuras ni excomuniones por ahora, y quedan para luego en disposición de adquirir patente de librepensadores si es necesario, y, en último caso, bueno es estar bien con Dios y con el Diablo, no vaya a resultar al fin y al cabo que hay infierno y gloria.

El sistema, como se ve, es cómodo aunque poco honrado.

Es lo que en el lenguaje vulgar se llama jugar con dos barajas.

Es lo que en el idioma de la dignidad y de la honradez se califica de falta de valor y de conciencia que constituye este convencionalismo que tiene convertida nuestra sociedad actual en una inmensa y pestilente ciénaga de doblez hipócrita y vergonzosa cobardía.

José CINTORA

LA INDIFERENCIA

Vuelvo sobre este tema:

¿Cuántas cosas ha matado la indiferencia en España!

Por ella nos hemos quedado sin Colonias, después de haber sacrificado millones de millares de hombres, y millones de millones de pesetas; por ella hemos dejado que retroceda la nación, que ya iba un siglo a la zaga de las verdaderamente civilizadas, lo menos tres en la cuestión religiosa; por ella somos hoy el ludibrio del mundo; por ella la minería se extiende y la población emi-

gra; por ella vamos a la catástrofe final, la bancarrota, y por ella no hay fe en las ideas, ni entusiasmo, ni virilidad.

Los sucesos de más trascendencia para el porvenir o la honra de la nación, apenas logran interesarnos tras días. Y si se atraviesa un crimen, una corrida de toros, o una verbena, ni aun eso.

Concretándose a la política, el hecho que en tiempos no lejanos hubiera agitado fuertemente la opinión, apenas si sirve de comidilla durante una hora a los desocupados.

Así los gobiernos hacen impunemente cuanto se les antoja; así triunfan en todas las cuestiones, con sólo tomarse la molestia de dar largas al asunto, de ganar tiempo. Cuestión aplazada, cuestión resuelta.

Dentro de los mismos partidos, aun de los republicanos, sólo preocupa a go la cuestión de personas. Ideas, principios, reformas; todo es secundario.

Antes, las luchas en el Parlamento interesaban a todos, acaloraban; hoy la discusión más interesante no apasiona más allá de la tarde en que se entabla.

La prensa antes, ayer, como quien dice, movía los espíritus y agitaba los ánimos; un periódico denunciado se buscaba, se pagaba a altos precios, daba pasto a la conversación un par de días.

Lo ocurrido el 85 y 86 con la campaña de El Motín lo prueba: las precauciones que había que tomar para publicar cada número; los atropellos a los repartidores, de los que había siempre diez o doce por lo menos en la cárcel, además de quince o veinte vendedores; cada ejemplar pagado a peseta, a duro a veces; las ofertas que llovían sobre esta redacción, de las que no se aceptó ninguna; los comentarios de la prensa al día siguiente; el interés despertado en todos... Quedaba opinión todavía.

¿Pero hoy? Hoy son denunciados los periódicos, y nadie los busca por eso; el mejor discurso del orador más elocuente se pierde en el vacío si no lo ameniza con algún contundente ataque personal; únicamente se agitan un poco aquellos a quienes afecta una reforma; sólo gritan los que reciben el latigazo; a los demás les tiene sin cuidado.

Muy pocos hombres responden a lo que hay derecho a exigir de ellos, dados sus antecedentes y lo que afectan representar o defender; así se da el caso de que haya conservadores demagogos, y demagogos conservadores; que sean profundamente inmorales los que pasan por puritanos y escrupulosos, y los desprecupados resulten muy morales; que se burlean de Dios los que más golpes de pecho se dan, y lo honran los que niegan su existencia.

Así anda todo, y así nadie sabe a qué carta quedarse, y así ha nacido y prosperado esta indiferencia que corroe al cuerpo social, y que sólo acabará el día que un sacudimiento terrible que la necesidad imponga, destierre esta apatía que se parece mucho al egoísmo, y que mataría todo lo que de sano y viril queda aún, si continuase reinando siquiera un par de años.

Otro fraile marista, Luis Cope, ha abusado del niño Vidal en un convento de Lille, comunicándole una enfermedad vergonzosa.

Hoy, y después de vagar solitario algunos días, se escondió en casa de sus padres. Allí fué preso, llegando a Lille cerca del medio día siguiente, muy custodiado y con el secreto posible por temor a las iras del pueblo.

Interrogado en el despacho del juez y examinado por el profesor de medicina legal, Castiaux, el hermano confesó de lleno su delito antinatural.

Creados en el despacho del juez, el Cope declaró que cometió actos nefandos con su víctima unas doce veces, que no había tenido relaciones con mujeres, y así no comprendía el origen de su enfermedad infecciosa.

Lamento mucho que esta vez, por haber declarado de plano el criminal, no puedan los clérigos decir que las infames logias masonicas han inventado el hecho.

Me va a matar a disgustos esta gente.

UN CURA MODELO

Refiriéndose al cur. Bilsalobre, gran fastidioso de la prensa y el liberalismo en el púlpito, dice El País:

«Habiéndo oído, lectores, como nosotros, despotricar furioso contra la inmundicia, llamando ladrones sacrilegos a los liberales detentadores de los bienes de la Iglesia! ¿Le habéis admirado, hecho un enervamiento de la castidad, afanado la impureza y cantando las glorias del celibato? Es seguro que sí.

Pero ¿a que no os figurabais que le estaban aguardando al pie del púlpito cuatro o seis acreedores y dos ó tres padres, cuando no madres, de jóvenes en amoríos con el orador de la castidad? Pues así era.

Balsalobre, párroco de Mazarrón (Murcia) tuvo que salir de allí a una de fraile por chan, chullos y enjuagues con el dinero de la iglesia, y acosado por ingleses católicos en Madrid fué adorado rendido de cierta señora, y luego... luego acaba de escaparse de Madrid camino de Bilbao, con la hija de la susodicha y las licencias firmadas por Alcolea, tan severo con otros curas.

Obligó a escapar el gran número de ingleses que le perseguían por deudas, todas de cierto género, ó de ciertos géneros, sedas, terciopelos, encajes, corsés, diamantes, sombreros y otros objetos piosos y ascéticos. Mucho debía gastar, porque los sermones los producían más de dos mil duros al año, y luego la misa, los regalos y otras gangas.

Todo ha caído por tierra ante los negros ojos de una bella que será la primera en reírse, como

nosotros, de los sermones sobre la moral y la pureza de los tonos que con la boca abierta se los han aplaudido.

Ya saben, pues, la causa de que haya desaparecido del púlpito en Madrid ese peje eclesiástico. Sea Dios bendito, que así nos ha vengado.

Lo gracioso es que el tal, venido a Madrid huyendo, fué acogido y decididamente amparado por el secretario Alcolea y por el obispo, quienes lo introdujeron en los pulpitos, hermandades, círculos de obreros y de aristócratas, y ahora él mismo se ha encargado de probar la torpeza y mala pata de esos señores, cuyos protegidos invariablemente resultan a la postre unos canallas dignos del banquillo, mientras no paran de ser perseguidos muchos sacerdotes que aun habiendo pecado alguna vez, jamás dieron ni son capaces de dar tan graves y vergonzosas caídas arrastrando en ellas a sus protectores.

¿Así que no hay en Madrid clérigos privados de licencias por simples bagatelas y algunos por nada, un capricho de Alcolea, una tema del obispo ó de unos frailes! mientras este Balsalobre escapa a Bilbao con sus papeles corrientes que Alcolea le proporciona de modo que mejor burla a sus acreedores y... acreedores. ¿Lo que es tener suerte! Pero ¿quién se fiará ya de sermones al ver estos ejemplos de los que predicán?

La que traslado a los católicos de Bilbao, para su conocimiento y efectos consiguientes.

El conde de las Almenas ha dicho en el Senado que por las campañas de Cuba y Filipinas se han dado 230.551 recompensas, exclamando: «230.551 condecoraciones por haber perdido territorios, riqueza y honor!» Los generales que lo oyeron protestaron energicamente.

Hicieron bien.

Lo que no se me alcanza, es lo que hubieran hecho si vuelven vencedores. Se comen crudo el conde de las Almenas, y en cochifrito al país.

¡Ay! ¡Qué suerte hemos tenido en que retornen sin el lauro de la victoria!

Comedias y Comediantes

TAREA MISTERIOSA

Las doce. Es la hora en que el sol de invierno, tan raro, se digna mostrar un poco su radiante faz, la hora del día en que mejor se siente la alegría de vivir.

A esta hora se despiertan los ricos y voluptuosos, se estiran en su perfumado lecho y piden un ligero desayuno.

A esta hora los burgueses, los comerciantes, los empleados, ponen trépa a sus pesadas tareas y desahogan con los cafés sobre la mesa, ante los humeantes platos y los vasos llenos.

A esta hora los obreros, sentados también ante las toscas mesas de los bodegones y tabernas, hacen los honores a una saliente sopa y a un frugal cocido.

Es el mediodía, la hora de comer mirando al sonriente sol de invierno; la hora del reposo y la alegría.

¿Quiénes son, pues, los desgraciados, los pobres, para quienes, por el contrario, esta hora es el término del reposo y el comienzo del trabajo? ¿A dónde van tan febriles? ¿Qué misteriosa tarea van a emprender?

Hélos ahí, desfilándose rápidamente a lo largo de los muros, con sus descoloridos rostros y sus ojos medio cerrados, como si temiesen a la luz. Van de prisa. Se conocen que anian retrasados.

Algunos corren.

Alf, en aquella negra é imponente morada, se abre una puerta semejante a una madriguera de conejos, y van entrando uno a uno los desgraciados. Entran con paso seguro, como acostumbrados a andar en la obscuridad, y así debe de ser, porque entran en un lugar más obscuro que boca de lobo.

Siguen largos y tortuosos corredores, suben y bajan escaleras húmedas de paredes viscosas. Caminan por un subterráneo.

¿Es una cueva, una caverna, ó un templo de trogloditas el sitio en que se encuentran? ¿Quién lo sabe! Una enorme bóveda deja en toda su obscuridad aquella sala inmensa, desierta, silenciosa, polvorienta, que hace pensar en una cripta perdida en las catacumbas.

Allí llegan todos, siempre fatigados y cada vez más pálidos bajo la débil claridad de algunas lámparas que iluminan siniestramente aquel sitio de desolación.

¿Por qué vienen aquí? ¿Adivinado si podéis. Pero al verlos, al oírlos, parece sencillamente que se trata de una reunión de locos y locas en pleno acceso de demencia.

Van y vienen a grandes pasos, gritan, lloran; después estallan repentinamente en carcajadas; luego se amenazan, se perdonan. Y siempre termina esto con algún crimen. ¡Una pobre mujer asesinada, un miserable que se mató a puñaladas!

Hasta parece que este crimen final es su principal ocupación, porque muchas veces, cuando cae la víctima, se oye alguno que grita: «¡Eso no es así!»

Y, en efecto, parece que todos están conformes en que no ha matado bien ó en que el muerto no lo ha hecho ó contenido. Y entonces puede verse al asesino cómo se encaraña nuevamente en su víctima, la que vuelve a tomar fuerzas para retorcerse mejor entre sus sufrimientos. Entonces todos se ponen contentos.

¿Quiénes son, pues, estos monstruos? ¿Qué abominable sacrificio acaban de consumir en este subterráneo?

¡Ah! terrible cosa debe ser el fanatismo, para haber podido turbar hasta tal punto los cerebros de estos infelices, para haber borrado en ellos todo sentimiento humano...

Porque ellos no tienen ningún interés en el crimen que cometen. No es para robar ni para vengarse; es por pura devoción a su dios. Es por virtud por lo que llegan a cometer estas escenas dignas de fúrriles insensatos.

Ni siquiera tienen aspecto de ser malas gentes, cuando se les considera fuera del momento en que el furor del éxtasis los desfigura. Lejos de ello, parecen más bien dulces y hasta carinosos.

Las mujeres son amables y complacientes, y apenas hay una cuyos ojos no reflejan la llama del amor.

Los hombres son alegres compañeros, bromistas y decididos.

Sin duda deben ser un especie de sacerdotes en cuyos altares rostros no puede leerse la hipocrisis.

En sus afeitados rostros... Ya lo habéis adivinado ¿verdad?

Pues bueno, sí; esas gentes que se encierran misteriosamente a la hora en que los demás van a tomar el aire; que pasan la tarde en las tinte-

blas, entre mecheros de gas, gritando, riendo, llorando, insultándose, destruyéndose; que por la noche, para descansar, empezarán a gritar, a reír, a llorar, a insultarse, a destruirse de nuevo, y esta vez en plena luz, bajo una luz que ciega y ahoga; esas gentes que llevan esa vida de presidiarios, esas gentes son los pobres de quienes se dice: «¡Oh, los cómicos! ¡Lleven una vida!»

Apenas se levantan almuercan de pie, corren a ensayar de doce y media a cinco, comen de pie, trabajan de ocho a doce de la noche, toman un bocato, se acuestan con la fiebre de una batalla cotidiana, despiertan para hacer el mismo trabajo durante el día, y corren de nuevo al teatro, a toda prisa.

—¡Vamos, señores; á escena!

¡Pobres gentes!... ¡Yo los adoro!

JUAN RICHEPIN

UN CURA POBRE

Firmando de esta manera, ha dirigido un clérigo una carta a *El Diluvio*, en que relata las injusticias que en la diócesis de Barcelona se cometen con el bajo clero.

Entre esos abusos está el que cometen los párrocos cuando pagan a sus subordinados «los honorarios de funerarias» y los que perpetran los canónigos en la anómala aplicación de los beneficios.

Ejemplos de esto último:

El reverendo don Sebastián Puig era, ó sigue siendo, secretario de cámara, canónigo de la Catedral, y «como necesitado», beneficiado de San Justo.

El doctor don Esteban Pibernat, heredero testamentario de una riquísima mujer, excanónigo de la Basílica, profesor del Seminario, «a título de pobreza» disfruta un pingüe beneficio en la Iglesia de Santa Mónica, amén de una renta, digna de un príncipe, del capital heredado.

El doctor Pol, piniaguado que fué del difunto obispo, es vicario general, regente extraordinario en caso de sede vacante y, «en calidad de sacerdote pobre», es beneficiado.

A los canónigos que disfrutan de beneficios hay que añadir los sacerdotes hijos de familias ricas, los cuales también gozan de beneficios a título de pobres.

El doctor José M. Puig posee una casa, que heredó, en la calle de la Boquería, la cual finca da una renta de doscientos duros al mes, limpios de polvo y paja; pero teniendo en cuenta que come como un Heligabalo, «a título de pobreza» se le concedió uno de los mejores beneficios de San Agustín.

Entiendo *Un cura pobre* que la fundación de los beneficios eclesiásticos no tuvo por objeto aumentar la riqueza de los sacerdotes ricos, sino aliviar a los pobres y desamparados. Cuando los fondos de un legado destinado a socorrer a los pobres pasan a los bolsillos de los ricos, se incurre en una verdadera estafa, en una usurpación sin nombre.

Los abusos que cometen los párrocos en la cuestión de funerarias, son todavía más escandalosos. Con aquéllos sólo sale perjudicada una mínima parte del bajo clero, en tanto que en lo de las funerarias se perjudica a gran número de sacerdotes.

Los párrocos de Barcelona, si bien no forman parte del Cabildo, y de consiguiente no visten púrpura en el coro ni llevan solideo con borla morada, son, entre la clerecía, los que disfrutan de mayores rentas, de modo que en pocos años de estar al frente de una parroquia llegan a ser capitalistas y a jugar en grande en la Bolsa. Como prueba de ello basta recordar la fabulosa cantidad que el cura párroco de Pino dejó al morir a sus dos hermanas.

El párroco que de menos renta disfruta en Barcelona, tiene por tal concepto de ocho a diez duros diarios.

Se quedan con casi todo lo que importa un entierro y funeral. A los sacerdotes les dan lo que les da la gana, como si se tratara de una limosna. Hay funeral que cuesta quinientos duros, y el pobre presbítero que toma parte en aquel acto religioso sólo percibe cuatro pesetas en unas iglesias y cinco en otras. Si alguno se queja de esa irritante injusticia, se lo despacha a cajas destempladas y jamás se utilizan sus servicios.

Lo que los párrocos hacen con los entierros y funerales es una vergonzosa explotación, en la que para nada entra la delicadeza. Estos se tasan, no por lo que en ellos se emplea, sino en relación a la fortuna de la familia del difunto, a la cual desuellan inicuamente. Las tarifas son una comedia. Se negocia con los cirios y se mistifica en el número.

Hasta aquí el *Cura pobre*, que pobre seguirá siendo por el camino emprendido; pues harto sabemos todos que para el alto clero no hay falta más imperdonable que la de decir la verdad.

Lo que describe no es nuevo, pues de otras diócesis se ha dicho lo mismo; esto es, que los piniaguados de los respectivos obispos se comen toda la carne y arrojan después desdenosamente los huesos a los curas que no intrigan, ni audan, ni se distinguen por sus malas cualidades; a los infelices, en fin.

¡Y viva la moralidad, la caridad, la justicia, y el cura que se muera de hambre, que hubiera estudiado para obispo!

¡Y que todavía se atreva el desalmado ó infame Morín a calumniar a los virtuosos ministros del Altísimo, diciendo esto, lo otro, y lo de más allá, y que si cuartos, y que si falda, y que si...

¡Mal rayo pata a ese periodicocho impio é indecente!

Iba un carretero guiando su carro por una calle

de Tortosa; las mulas no cumplían con su deber y el hombre lanzó una interjección gráfica.

No había acabado de lanzarla, cuando recibió una buena tanda de bofetadas. Volvióse, y vió que era un cura el que se le propinaba.

Y el muy... carretero, en vez de enderezar la gallarda y tenderla diez ó doce veces sobre el costillar del agresor, calló como si no fuera con él la cosa.

El clericalismo convierte al hombre en borrego. Y en carnero a veces. ¡Basta!

Y viva la pobreza!

Los frailes de San Juan de Dios se han enriquecido en poco tiempo de una manera asombrosa.

En Ciempozuelos han adquirido mucha tierra y posesiones, ya comprando, ya en donativos. Allí es fama que se quedan con todo lo que se vende. El Manicomio de San Juan de Dios está bajo su dirección. En Madrid van a poseer, si no hay quien lo impida, el solar ó iglesia de la calle de Atocha.

Los manicomios sólo de Ciempozuelos les valen una millonada anual, porque allí albergan por un tanto alzado, según contrata, a los dementes pobres de esta y de otras provincias, enviados por las diputaciones respectivas, y además explotan el filón inagotable de los locos particulares, muchos de ellos de familias riquísimas, el trabajo de los locos pobres, una parroquia de un pueblo inmediato, un consultorio sifilítico en Madrid, varias familias notablemente generosas dispuestas a echar agua al mar, y por si esto fuera poco, aún recaudan una copiosísima suscripción domiciliaria en Madrid y en otras partes, donde un legítimo va mensual de casa en casa cobrando desde medio real cada mes a cinco o más duros de limosna, cuyo total sube a una cantidad respetabilísima.

Que esa cantidad no la necesitan, lo prueba el gran número de fincas que poseen y los enormes rendimientos de su industria, explotadora de la desgracia. Pero ¿frailes y no mendigar? Imposible. Además, de esa manera se adquiere y sostiene fama de pobre a la vez que se recoge dinero. El ejemplo del mendigo rico es harto frecuente en estos reinos católicos.

Se ha echado en cara a estos frailes que no fué instituida su Orden por el fundador para dirigir manicomios, sino hospitales de leprosos y enfermos de otras erupciones y males contagiosos. A lo que ellos no contestan; pero sí dicen que esa tarea es peligrosa y mucho menos productiva que el cuidar locos, y siguen su camino sin que nadie les ponga óbice.

Los diputados provinciales de Madrid, á vuelta de contender con tales frailecitos, que han aprendido muy bien la tática italiana de su provincial, han concluido por callarse unos, por ceder otros, y no pocos por hacerse amigos suyos, a la reciproca de buenos servicios. Uno de esos parece que es don Jerónimo del Moral, residente en Ciempozuelos, sagastiano y neo adinerado, que está á la defensiva de los frailes y... los provee de carne, con la utilidad consiguiente, muy respetable por cierto.

Así han llegado á ser poderosísimos. Lo que no han logrado es las simpatías populares. En Ciempozuelos no los quieren, corren sobre ellos temores siniestros, se desconfía de su virtud, se refieren sucesos nada edificantes, y el P. Menni, el provincial, es señalado como un extranjero negociante y peligroso.

Hace años fueron cogidos por la policía dos anarquistas de los de Barcelona, uno de ellos italiano, ocultos en el convento y vestidos de hábito aunque no pertenecían á la Orden. Una pobre mujer de Madrid acusó al Menni de haber violado a su hija, demente, albergada en Ciempozuelos, y de ahí una causa que ha durado años, ha trascendido á la prensa y le ha costado á la Orden más de 20.000 duros hasta obtener un fallo, una verdad legal, en que son muchos los que no creen.

Baste con lo dicho para preámbulo de lo que sobre esos frailes y ese Menni ha de decir en la campaña monástica ya iniciada el autor de estos renglones.

Ha sido absuelta libremente la procesada Magdalena Dazas.

Se ha formado proceso en averiguación de los malos tratos que recibió. De seguro resultará que era ella quien pegaba diariamente una paliza á las Hermanas. Es lo que suele ocurrir en claro de estos procesos. Así, á otro asunto.

LA ENVENENAR TOCAN!

Logró por último el gremio hortelil ultramarinesco, que no publique en adelante el Ayuntamiento la lista de las tiendas donde se envenena al público.

Hay quien supone que han influido en el asunto los dueños de las Sacramentales, por temor á que mermaran sus ingresos, y que el ayuntamiento mismo ha cedido para que no disminuyan los que obtiene en la explotación del Cementerio del Este.

Siendo así, nada tengo que oponer ante la consideración de que se enriquezcan los envenenadores y los que de los muertos viven, debe ceder toda otra. El hombre ha nacido para ser envenenado por el tendero. Lo que no me atrevo á elogiar, es la entereza de las autoridades que desisten de sus buenos propósitos ante las súplicas ó las amenazas de unos bribones que comprometen la salud y la vida del vecindario.

Así como tampoco me explico que los tenderos que se envenenan, se interesen por los pillos que deshonran á la clase, cuando deberían ser los primeros en pedir que se les enviara á presidio.

Para empezar á regenerarnos.

LOS HORRORES DEL ABSOLUTISMO

El Angel Exterminador y la Janta Apostólica triunfaban en toda la línea, y el rey católico despreciaba para no entrar en Madrid hasta que hubiesen ahorcado a Riego, preso en Arquillos, y cuyo traslado a Madrid fue una gran vergüenza, pues le amanzaron, le dieron nueces, le apedrearon, teniendo que apelar varias veces a las armas su escolta para que no le asesinaran.

Sentenciado Riego, tras una farsa de proceso, por la sala segunda de los Alcaldes de Casa y Corte a la pena ordinaria de horca con calidad de arretrato, el fiscal pidió la pena de horca y destroz del cadáver, colocando la cabeza en el pueblo de las Cabezas de San Juan, donde dió el grito de libertad, y los pedazos del cuerpo en Sevilla, La de León, Málaga y Madrid.

El 5 de Noviembre fué puesto en capilla, donde, aprovechándose del estado de su espíritu por los largos padecimientos del viaje y principalmente por los desengaños que sufría, cometieron la villanía de hacerle firmar una retractación, de la que tiraron gran número de ejemplares que repartieron; y al otro día, 7 de Noviembre, a la hora señalada, lo condujeron arrastrado en un serón hasta la plaza de la Cebada, donde estaba el patíbulo, al que subió contrito; el verdugo le ciñó el dogal, y lanzado al espacio exhaló el último aliento entre horribles demones de la chusma realista y atronadores vivas al rey absoluto.

Tal fin tuvo, dice un historiador, aquel hombre de celebridad superior a su positivo mérito; pero que, si por inespencia o por pueril vanidad, pudo cometer algunas ligerezas, en el fondo acentuaba cuantas virtudes caracterizan a un excelente patriota.

Al saber el rey que la sentencia contra Riego se había cumplido, soltó una feroz carcajada gritando: ¡viva Riego!

No habría duda con tanta satisfacción el sarcástico rival, si llega a sospechar que, andando los años (1835, 31 de Octubre) había de firmar su viuda el siguiente decreto de rehabilitación:

«Si en todas ocasiones es grato a mi corazón enjugar las lágrimas de los súbditos de mi amada Hija, mucho más lo es cuando a este deber de humanidad se junta la sagrada obligación de reparar pasados errores. El general don Rafael del Riego, condenado a muerte ignominiosa en virtud de un decreto posterior al acto de que se le acusó, y por haber emitido su voto como diputado de la nación en cuya calidad era inviolable, fué uno de aquellas víctimas que en los momentos de crisis hieren el fanatismo con la segur de la justicia... En estos días de paz y de reconciliación, deben borrarse, en cuanto sea posible, todas las memorias amargas. Quiero que esta voluntad sea para mi amada Hija y para sus sucesores en el trono, el sello que asegure en los anales futuros de la historia española la debida inviolabilidad por los discursos, proposiciones y votos que se emitan en las Cortes generales del reino.

Por tanto, en nombre de mi augusta hija la reina doña Isabel II, decreto lo siguiente:

Art. 1.º El difunto general don Rafael del Riego es repuesto en su buen nombre, memoria y fama.

Art. 2.º Su familia gozará de la pensión y viudedad que le correspondo según las leyes.

Art. 3.º Esta familia quedará bajo la protección especial de mi amada Hija doña Isabel II y durante su menor edad, bajo la mía. En el Pardo a 31 de Octubre 1835.»

El 13 de Noviembre entró en Madrid el manolo indecente entre vivas a su persona, a las cadenas, a la religión, y merced a la nación, sirviéndole de acémilas los realistas, entregándose toda aquella canalla a los mayores transportes de alegría y haciendo las afirmaciones más estupidas. Un diputado general de Galicia llegó a decir el 20 de Noviembre:

«Jamás, jamás, volverán a salir del abismo los monstruos de la revolución, de la iniquidad y de la impiedad más nefanda, y su memoria tan execrada de los buenos é innumerables vasallos de V. M., pasará su odio de padres a hijos de generación en generación, y hasta la más remota é incalculable posteridad».

Y el cabildo de Manresa en 8 de Diciembre, concluía así una felicitación:

«Autorizado, señor, el Santo Tribunal de la fe con las facultades que reclaman las circunstancias, para aclarar, atterrar y castigar si es menester, a cuantos intenten empujar la religión y la moral; protegiendo las órdenes religiosas, y en particular el instituto de la Compañía de Jesús.» Y esto, mientras Fray Manuel Martínez escribía en *El Restaurador*:

«Desde que el rey ha salido de Cádiz, han entrado en aquella plaza 480 bribones y bribonas de la negrería. Antes había cerca de mil; no se puede andar por aquella ciudad, porque no se ve más que esa canalla.»

Esta canalla, a quien casi siempre distinguía *El Restaurador* con los nombres de pillos, asesinos y ladrones, eran los liberales que acudían a Cádiz buscando un asilo al abrigo de las tropas francesas, para embarcarse luego a Inglaterra ó a América.

Los realistas perseguían a los liberales no ya sólo por odio sino por echarlos de todos los puestos. Trazando un cuadro de aquellos días, un escritor dice: «Fascinada la plebe por las fanáticas peroraciones de clérigos y frailes, lanzábase a cometer todo linaje de desmanes... En la mitad del día, en los sitios más sagrados, no sólo en las aldeas sino en las más populosas ciudades, se acometía y apaleaba a los que habían pertenecido a la milicia nacional, llegando la barbarie en algunos puntos hasta el extremo de arrancarle a viva fuerza las patillas y el bigote y pasearlos por las calles principales con un cenecero pendiente al cuello y caballeros en un asno. Más de una mujer de liberal fué sacada entonces a la vergüenza y en igual forma, trasquilado el cabello y empumada.»

El ministro y canónigo Saez formó una llamada Junta Secreta de Estado, de la cual era secretario don José Salomé García Poente, canónigo de Granada, realista exaltado y exquisidor. Esta junta organizó la vigilancia pública, formando un índice general a manera de padrón, donde se consignaban por orden alfabético, los apellidos y nombres de cuantos desempeñaron algún destino durante la época constitucional, si habían sido exaltados ó moderados liberales, masones ó comunistas, compradores de bienes nacionales ó de vinculaciones, ó dicho algo que les presentara como desafectos al realismo.

Este padrón hizo mediante informes pedidos, con el carácter de reservadísimo, a los servicios más calificadas, tomando de periódicos y folletos noticias y nombres, y oyendo al infame Riego, que primero masón y luego comunero, y fingiéndose siempre fogoso liberal, había podido ponerse al tanto de una porción de hechos reservados. Terminado este índice, se dió traslado a cada pro-

vincia de la parte a ella correspondiente, a fin de que obrara los efectos oportunos, que fueron extremadamente graves.

Queriendo premiar Fernando los servicios del clero contra los liberales, publicó en 14 de Diciembre un real decreto diciendo: «Bien quisiera mi corazón dar a todo el clero un premio que patentizara mi gratitud, y consecuentemente con esta idea confirió grandes cruces a los arzobispos de Tarragona, Zaragoza y Valencia y a los obispos de Orihuela, Málaga, Ceuta, Urgel, Pímona y Solsona, otorgando a la vez aumentos lucrativos a muchos eclesiásticos. No hizo nada de más, porque al clero le debía, más que a las bayonetas francesas, el haber vuelto a ejercer de rey absoluto, amen de los doce millones de reales que le regalaban diferentes cabildos durante su viaje desde Cádiz a Madrid.

A tal extremo llegaron las persecuciones y los crímenes contra los liberales, que ya en 5 de Noviembre pidió a Fernando la Santa Alianza que no continuase exasperando a sus súbditos con el duro sistema que seguía, y Chateaubriand decía por entonces al embajador ruso en Madrid: «Procurad que se revoque todo lo absurdo é imprecable de esos malhadados decretos; que cesen esas proscripciones por clases que amenazan a toda la población; que escojan un ministerio prudente y que el *hacer servir al rey de orden suya*, no se tenga por una mancha y un crimen imperdonable. Por último, general, predicad la moderación y no temáis que el carácter español abuse de esa palabra procurad que *hagan en Madrid algo* que se parezca a los actos de un pueblo civilizado.»

El mismo Chateaubriand escribía poco después a Mr. de Talarus:

«Mr. de Gabric me escribe desde Madrid, que el decreto del rey relativo a las personas que no deben presentarse delante de su persona tiene consternada a toda la capital y en solo Madrid comprende a más de seiscientos personas de las más distinguidas familias. Nunca os invitaré lo bastante a que os declaréis con energía contra estas violencias del señor Saez, que trastornarían nuevamente a la España.» Y en otra carta: «Importa detener esta marcha cuanto antes.»

Cuando, por efecto de los repetidos consejos de la cuadruple Alianza tuvo Fernando que sustituir el ministerio rabioso que presidía el canónigo Saez por otro más templado, hizo ver que cedía a la fuerza, agradando al miserable canónigo con la mitra de Tortosa, restableciendo el Consejo de Estado y nombrando para sus plazas a los más furibundos realistas; publicando el 14 de Diciembre un decreto en que decía: «Bien quisiera mi corazón dar a todo el clero un premio que patentizara mi gratitud, y concediendo a muchos de sus individuos cruces, prebendas y aumentos lucrativos.

Viéndose halagado de aquella manera, el clero se atrevió a todo y lo acaparaba todo. Al rematarse el tabaco en Febrero de 1834 se dedicó a proteger a los contrabandistas, habiéndose sorprendido partidas de contrabando en los conventos.

El Consejo de Estado, dejando sin despacho asuntos de verdadera importancia, se consagraba a extender una larga consulta, proponiendo que debía procesarse a todos los regidores de todos los ayuntamientos constitucionales, esto es, a 200.000 ciudadanos; y en examinar una porción de Constituciones y rescriptos, para aconsejar al rey que debía prohibir a los parlamentarios el comercio de mortajas del hábito de San Francisco, «respecto a que las ventas en las tiendas ó almacenes, no pueden sufragar los beneficios espirituales, únicamente afectos a las que sudan, ensucian, enviejecen, rompen y remiendan los frailes, y venden los guardianes al precio doble ó triple de la jerga nueva».

Si el clero ha convertido siempre el púlpito en cátedra de difamación, y de exterminio, ¿a qué punto no llegarían algunos predicadores, cuando el gobernador eclesiástico de Barcelona creyó de su deber dirigir en 28 de Noviembre de 1823 una circular al clero en la que decía: «Se ha profanado la cátedra del Espíritu Santo con expresiones bajas, excitando al odio y a la venganza».

Tantos desatinos é infamias oyó el gobernador eclesiástico de Valencia a un predicador, que le interrumpió de este modo: «Baje usted de ese púlpito, que está deshonrando con su lenguaje; le prohibo a usted que siga predicando esa doctrina, que no es la de Nuestro Señor Jesucristo.» Y dirigiéndose a los fieles, añadió: «¡Hijos míos! lo que os he predicado este indigno sacerdote, no es la religión de Jesucristo, que toda es paz, caridad y mansedumbre».

Estos rasgos aislados de honradez y justicia nada significaban, porque como en la mayor parte de las diócesis los gobernadores y prelados eran furibundos apostólicos, la llamada cátedra del Espíritu Santo semejaba por regla general antro de farsas vengativas.

Entre las muchas ferocidades de los frailes para encontrar las pasiones y atterrar a los liberales, recuerda un historiador el caso del economo de la villa de Blancas (Cataluña), que estando moribundo un feligrés que había sido miliciano nacional, se disfrazó de demonio, y presentándose al desgraciado en las agonías de la muerte, empuñó sus últimos instantes, anunciándole que iba a tragarse el infierno.

(Continuará.)

EL TENOR NEO

Al extranjero me voy, mucho llevo que cantar y al pecho el escapulario de la Virgen del Pilar.

Esta copla cantó, no recuerdo ahora dónde, el tenor Biel, ese que está abusando un poquito de la Virgen del Pilar en el sentido de buscar por conducto de ella aplausos y protección.

Pero es el caso que se dice que la tal copilla la escribió Eusebio Blasco, socialista cristiano con vistas a la impiedad y que a lo mejor pone a las gentes de Iglesia que no hay por dónde cogérlas. Si es así, quiero decirle:

«Amigo Blasco: la inspiración cristiana acude mal, mejor aún, no acude a ti, celebrado autor de *Los curas en camisa* y de varios artículos y poesías que yo, siendo quien soy, no me atrevería a firmar. Por eso te ha salido tan pedestre esa copilla. Y que escribieras muy bien en verso, España entera lo sabe; tan bien como el mejor. Pero ¡ay! la musa es una señora que, cuando se ve profanada, se enfurruña y vuelve la espalda a sus favorecidos.

Al leer la copilla, creí que ibas a pre-

seguir haciendo el inventario de lo que llevaba ese tenor de sacristía al extranjero, en cuyo caso, podía haber tenido alguna disculpa lo de citar el escapulario. Pero me llevé chasco.

Por ejemplo, pudieras haber dicho:

«Y al cuello el escapulario de la Virgen del Pilar.»

Y encima una camiseta de superior calidad.

Y sobre ésta una camisa, por cierto muy bien planchada.

Y en la cabeza un sombrero de una clase regular.

Y en los pies unos zapatos de flexible cordobán.

Pero, nada; no has querido enterarnos de todo lo que el tenor místico lleva al extranjero, sin duda por creer que, sabiendo que lleva el escapulario, lo demás nos importaría poco a los miseros mortales.

¡Ay, Eusebio! Para seguir así, valiera más que imitases al Guerra cortándote la coleta... poética; porque si sigues empujando en dedicarle versos a la Virgen de tu tierra, y te van resultando cada vez peor (como es natural), vas a dar que reír a las gentes y muy malos ratos a los que de veras te queremos.

Ya me pareció un poco indigno de un hombre de tu talento, el que antes de un estreno en el teatro, pusieras una de tus obras bajo la protección de la Virgen del Pilar. Pero, en fin, se trataba de cosa propia, y acaso lo hicieras por haber oído que la fe sirve hasta para trasladar las montañas, y pensado que podría mejor influir en el éxito de obras teatrales; por más que en aquella ocasión no te sirviera de nada esa fe, pues te reventaron la obra los *morenos*.

Mas esto de que te metas ya a Arrendatario de la Virgen del Pilar, y nadie pueda dirigirle piosos sin tu intervención, esto es ya una tiranía insoportable; y yo, en nombre de todos los que la veneran, te ruego que dejes a cada cual en libertad de tratar a la Virgen como le acomode.

Y si siquiera lo hicieses bien! ¿Pero crees tú que, por muy romo de entendimiento que sea el Bolo, no se le habría ocurrido una copilla mejor que esa tuya?

¡Ay Eusebio! Permíteme aplicarte aquí lo de «Zapatero, a tus zapatos». Y si tus zapatos son la libertad, la democracia, ¡para qué meterte a cantar vírgenes, ni por cuenta propia ni por cuenta ajena?

La comunidad de frailes de la calle de Provenza, entre las de Aribau y Mantaner (Barcelona) está colocando a toda prisa unas fuertes planchas de hierro en las puertas de entrada del convento, amén de otras reformas parecidas.

¡Ah, qué alegría! Esto prueba que se ven encima el nublado.

¡Que no se equivocuen, Dios de bondad, que no se equivocuen, y bendeciré tu justicia!

GRACIAS, AMIGOS

«Hace poco, el señor Sawa y algunos otros correligionarios madrileños, proponían dar un banquete en honor de Nakens, banquete que éste rechazó, fundándose en que nada había hecho que le hiciese acreedor a él.

Si estuviésemos en Madrid y nuestro voto fuese de alguna importancia, ahora sí que no se le libraría el señor Nakens del banquete. Porque lo que Nakens acaba de hacer con el obispo de Madrid, es algo que merece cuando menos que le enviemos un abrazo.

El obispo de Madrid tenía un lazo infernal al cura Ferrándiz, y Nakens, dando una hermosa prueba de su astucia, enredó al obispo en las redes que él tendía a Ferrándiz.

Y eso es lo admirable; porque desafiar las iras de un Obispo, y arrostrarlas, y ser víctima de ellas, lo hacen muchos; mas lo que con el de Madrid hizo Nakens, es algo que se sale de lo ordinario.

Como los números de *EL MOTIN* fueran rotos en Oviedo esta semana por un ilustrado mayordomo, en el número próximo enterará *El Combate* a los lectores minuciosamente de lo ocurrido.

¡Oh, qué falta hacía un Nakens en cada provincia!

Se nos dice que la pasada semana, un sacerdote que desempeña alto cargo en el Palacio, compró a un repartidor todo el paquete de nuestro valiente colega madrileño *El Motín*, é hizo con él un auto de fe.

Está muy bien; lo aplaudimos, y únicamente deseamos que nos diga si piensa continuar con el procedimiento, para ayudarle nosotros haciendo mayor el pedido.

En cambio de ese pequeño favor que le pedimos, le concederemos el de avisarle cuando *El Motín* traiga algo acerca del tome de cuentas de las cocineras de Palacio.

He copiado ese artículo de *El Combate* de Oviedo, no sólo por lo que me halagan los elogios de tan valientes compañeros, sino para que se vea cómo están ya de incandescentes y rabiosos los presbíteros.

Pues si hacen eso con *El Motín*, periódico al que tanto deben, ¿qué no harán con los demás, los que no se dedican a moralizar al clero, para apartarlo del camino de perdición que sigue? No llores el tiempo perdido en tan piadosos tares; mas ¡ay! no puedo contener las lágrimas que a mis ojos acuden, desde que mi corazón sensible se ha enterado de la ingratitud horrenda de mis

amados presbíteros; tanto más amados, lo confieso aunque lo deploro, cuanto más ingratos son. Me pasa ahora con ellos, lo que siempre me pasó con las que, como ellos, llevan faldas. Mientras más ingratas y desdenosas, fueron por mí más queridas.

Lo cual quiere decir que no teman que por su ingratitud los abandone. Desde hoy será más firme mi cariño hacia ellos; me dedicaré con doble alán a moralizarlos.

Volver bien por mal, no es ya máxima católica; es máxima impia.

El jefe del gobierno, señor Silvela, ha dicho en el Congreso que el movimiento separatista de Cataluña es reaccionario y clerical.

La declaración, aun cuando otros la habían hecho antes, tiene gran importancia, por demostrar que hasta los hombres más retrógrados dentro de la monarquía, reconocen que el clericalismo encarna toda reacción y todo movimiento contra la patria.

TOQUE DE ATENCIÓN

Señor don José Nakens.

Muy señor mío: Confieso que he tenido un fracaso completo en mi intento de convertir a usted a las creencias que ya habíamos adoptado más ó menos espontáneamente a los pocos días de llegar a este mundo, y si bien no me ha contestado usted lo que dice Víctor Hugo que contestó el general francés Cambonne a otro inglés que le invitaba la rendición en la batalla de Waterloo, considero que todos mis esfuerzos serían inútiles para atajar la propaganda anticlerical de *El Motín*. Si este fuera rotativo y circularan siquiera cien mil ejemplares diarios, hace tiempo que habría puesto en estado interesante por lo apurado y crítico a todos los obispos, curas y frailes de la península é islas adyacentes. En vista de esto, y como resultado de la meditación a que me consagré, según le anunciaba en mi última carta, he decidido, y como leal adversario en Jesucristo se lo advierto a usted, dirigir una exposición al gobierno, que presentará tan pronto recoja veinte ó treinta mil firmas, en la que pediremos que, con la mayor urgencia, para llegar a la tan deseada regeneración, adopte las siguientes disposiciones:

1.º En todas las poblaciones de España, se establecerá, en cada calle, un convento de frailes con el personal suficiente para que resulte un Director espiritual por barba, que prestarán sus servicios a domicilio, sin perjuicio de las funciones naturales del clero parroquial y catedral.

2.º Se restablecerá el Santo Oficio de la Inquisición, con un Tribunal en cada capital de provincia y en las cabzras de partido judicial, sucruals en los demás pueblos y agentes volantes para los caseros, casillas, etc.

3.º Se entenderá que quien ataca ó censura al clero ó a alguno de sus individuos, ataca a la Religión de que son ministros, y, por lo tanto, el que lo hiciese por medio de la prensa, será considerado como hereje y sometido a la cremación en intervios, siendo obligatoria la asistencia al acto para todos los habitantes mayores de diez años, de la población en que el auto se verifique.

4.º Si el ataque ó censura se hiciera de palabra, el delincuente será encausado a perpetuidad en calabozos construidos *ad-hoc* bajo la dirección de los Inquisidores, que encausarán además del régimen interior de los mismos.

5.º Todo el que no ostente sobre su pecho el corazón de Jesús, será tenido en olor de herejía y sometido a las pruebas que se establezcan.

6.º Un nuevo Congreso católico, dictará el Reglamento oportuno para el desarrollo y cumplimiento de estas disposiciones.

Conque ya lo sabe usted. Como es posible que dicha solicitud, bien recomendada, prospere y se realicen los deseos de las buenas almas cristianas, si ustedes no se anticipan a dar primero, como han hecho los boers con los ingleses, si dan tiempo a que los clericales puros y adulterados, que son muchos y poderosos, tomen posiciones con las piezas que dejo indicadas, ya pueden prepararse para morir, asados vivos y coleando.

De usted afectísimo atento s. s. q. b. s. m.

ODON CARO

Los jesuitas van a ser expulsados de Francia, y, como es consiguiente, se nos colarán aquí, como en 1880. Calculase en 10.000 el número de los que vendrán.

Me alegro. Así encontrarán más dificultades para escapar el día que los echemos de aquí.

Y, por consiguiente, se nos presentarán más ocasiones de demostrarles el acendrado cariño que los profesamos.

¡Cuando digo que quizás haya Providencia!... Y si no entera, un pedazo por lo menos, como dice cierto P. jesuita, de los que *timotean* actualmente en España.

DESDE GALATAYUD

Señor Director de *El Motín*

Mi más respetable amigo. Después de algún tiempo de silencio, rompo éste para poner a los lectores de su valiente periódico al corriente de lo que en este rincón pasa.

El efecto que causaron mis dos últimas en el elemento que dice *la miseria* republicano fué tal, que creí iban a enmendarse de tantos errores como en poco tiempo han cometido.

Pero no fué así. Creyeron que ya no habría quien les acusara por sus nuevos crímenes. (yo creo que se puede llamar criminal al que aparenta defender un ideal, y no hace más que oscurecerlo y pisotearlo), y llevaron a cabo otro que no tiene límites.

Antes se coligaron con elementos moretistas para fines poco dignos. Después hicieron más todavía; como había estado el gobierno liberal y ya no podía más.

«Hacer los mismos favores», decidieron (vergüenza da decirlo!) ofrecerse incondicionalmente al gobierno conservador, y con sus votos reunidos (*republicanos*-moretistas) eligieron alcalde a un concubino polaviejista, analfabeto, gracias a dicho ofrecimiento, la elección que el gobierno tenía hecha.

¡Qué honra para la familia!

UNO DE GALATAYUD

EL DESPOTISMO

La escena pasa en Moravia poco tiempo después de la batalla de Austerlitz.

Estaba severamente prohibido molestar a los habitantes.

Un joven oficial ruso habíase alojado en una casa con su asistente, llamado Jégor, a quien conocía desde la infancia y que era un muchacho honrado.

Un día oyéronse lamentos y gritos: habían robado dos gallinas a la patrona, y ella acusaba del robo al asistente. ¡El, ladrón! ¡El! ¡Jégor Avtamonoff! El oficial intervino para responder del asistente.

¡He aquí lo que sucedió después, contado por el mismo oficial:

«De pronto en la calle se oyó un gran ruido de caballos. Era el general en jefe que pasaba con todo su Estado Mayor. Iba al paso: alto, grueso, desaliñado, con la cabeza inclinada y las charreteras colgándole hacia el pecho.

La patrona lo vió, y arrojándose ante el caballo se cogió a un estribo, cayó de rodillas, descompuesta, con el cabello suelto, y se puso a quejarse, designando con la mano al asistente:

—¡General! exclamó, ¡Excelencia! Juzgadnos, defendednos, salvadnos! Ese soldado me ha robado.

Jégor se mantenía en el dintel de la casa, derecho como una I, el pecho saliente, los pies juntos, la gorra en la mano, y... ¡ni una palabra! Le había turbado la vista de todos aquellos generales detenidos en la calle delante de él. ¡Estaba ya petrificado por la aproximación de la desgracia que le cata encima! Allí estaba mi buen Jégor tieso, parpadeando y pálido como una sábana.

El general en jefe echó sobre él una mirada distraída y sombría, y gruñó un ronco: —¿Y bien?...

Jégor, siempre inmóvil, tieso, enseñando los dientes como un idiota; viéndole de perfil, cualquiera hubiese dicho que se reía, pero con la risa de los que se mueren de frío.

Entonces el general en jefe pronunció bruscamente estas palabras: —Que lo ahorquen.

Metió espuelas al caballo y continuó su camino, primero al paso y luego al trote largo. Todo el Estado Mayor le siguió. Sólo un ayudante, volviéndose un momento sobre la silla, lanzó a Jégor una ojeada.

¡Era imposible desobedecer!... Cogieron a Jégor para llevarlo al suplicio.

Tornóse livido; por dos veces exclamó con esfuerzo: ¡Padres míos!... ¡Padrecitos míos!... y luego—Ante Dios, ¡yo no he sido!

Al despedirse de mí lloraba amargamente. Yo estaba desesperado.

—¡Jégor! ¡Jégor! ¿Cómo no has dicho nada al general?

—¡Juro ante Dios que no he sido yo! repetía sollozando el pobrecillo.

Por su parte la patrona quedó muda de terror; no esperaba una orden tan cruel. Luego a su vez se puso a llorar, a aullar, a suplicar a cada uno de nosotros que perdonara al desgraciado, a asegurar que sus gallinas habían perecido, que lo iba a explicar todo...

Naturalmente, nada de esto sirvió. ¡Cosas de la guerra! ¿Qué quiere usted? ¡La disciplina!...

La patrona seguía sollozando a más y mejor, Jégor, a quien el sacerdote había ya confesado, se volvió hacia mí.

—Decidle, señor, que no se desconsuele tanto... Yo la he perdonado ya.»

Jégor fué ahorcado.

IVAN TOURGUENEF

El número anterior fué denunciado.

Sigamos nuestra labor.

Salvajes granadinos

Copiamos textualmente de un periódico católico de Granada:

«Ayer a las dos y media de la tarde varios jóvenes, algunos estudiantes del Instituto, se reunieron en la calle de Tendillas de Santa Paula, frente al edificio donde está instalada la capilla protestante y la emprendieron a pedradas, rompiendo todos los cristales de la cancela.

Penetraron después tres ó cuatro hombres dentro del local, sacaron un banco con intención de quemarlo y se oyeron voces de «¡hagamos lo que nos han dicho, vamos a quemar el edificio!»

Cuando el escándalo era mayor, se acercaron cuatro guardias municipales, que sin gran esfuerzo lograron que los alborotadores se retiraran.

Los desperfectos causados en el local son de importancia.

Estos actos de fanatismo son censurables, porque dicen mal de la cultura de un pueblo y porque con ellos no se conviene a nadie.

Tenemos acreditado nuestro catolicismo, pero aunque reprobamos las prácticas y dogmas religiosos que no se ajustan a lo que manda nuestra Santa Madre la Iglesia, también condenamos a las personas que aconsejan actos de barbarie como el realizado ayer.»

No me extraña que haya ocurrido esto en Granada. En una ciudad donde casi todos los domingos se perpetra una procesión, y hay un arzobispo y un cabildo tan célebres en toda España por algo que... ¡detente plumal, lo cual hace emigrar de las diócesis a muchos curas y mucha beatas, y mucha hipocresía, ¡qué menos puede ocurrir!

Y lo peor es que aquello no tiene remedio, porque la cobardía se ha apoderado de los republicanos, librepensadores, masones ó espiritistas, que no se reunen por temor a ser conocidos. Esto, los que todavía conservan cierto pudor y no se han atrevido a ejercer francamente de clericales; que muchos se han quitado ya la careta y son más beatos que un neo.

Estamos ya en punto de caramelo, para pedir a las potencias europeas que nos borren de la lista de los pueblos civilizados.

MADRID.—IMPRENTA, PALMA, 55, DUPLICADO

Biblioteca de "El Motin."

El dolor universal

FOR

Sebastián Faure

para oponer la verdad a la mentira, la realidad a la apariencia, se hace que se denuncie en seguida al animoso clarividente como peligroso perturbador, que se condenen sin examen sus ideas por subversivas, o se urde contra él la conspiración del silencio. Su voz es el *exclamantis in deserto*. ¿Qué puede el apostolado de ese *reprobo* contra la propaganda de cien mil bocas de doctores oficiales y patrocinados, que llevan solanas, levitas ó gabanes?

Así es que el mayor número no podría lógicamente, en el estado actual de los espíritus, representar la ciencia y la verdad. Los ignorantes se cuentan por legiones, los instruidos sólo componen una infima minoría. Las mismas nociones elementales se niegan a la inmensa mayoría de los hombres, y el entendimiento de los que las poseen está tan cuidadosamente provisto de razonamientos capciosos, de pérdidas prejuicios, que les es muy difícil a los primeros distinguir tras ese velo la verdad, y, desde el punto de vista social, deducir las consecuencias justas de sus conocimientos.

«¿Cómo se concibe, exclama Lamennais, que por mayoría de votos se determine lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto?»

Extraño punto de partida, en efecto, es la apreciación de una idea como esta, que descansa sobre este hecho: que, sometida a una colectividad, pasa por artículo de fe una proposición, no porque se haya aducido en su favor un cúmulo de argumentos, sino porque han querido adherirse a ella trescientos individuos contra cinco.

Es justa, es verdadera una cosa, no porque la mayoría lo proclame, sino porque lo es en sí; y, si es injusta ó falsa, la adhesión de una mayoría de ignorantes ó interesados no la

grará hacerla menos falsa ó menos injusta. Si, por ejemplo, digo: «Dios no existe» ¿será exacto este aserto porque de mil quinientas personas, mil se hayan declarado en su favor? No, sino está conforme con la verdad, cualquiera que sea el número de votos en pro ó en contra.

Si digo: «el acto de prostituirse es moral», ¿esta opinión será ó no justa, según que obtenga la mayoría ó la minoría de los sufragios?

La misma unanimidad de sufragios, ¿puede en ciertos casos ser un criterio? El *consensus omnium*, tiene más carácter que el de probabilidad, y no puede, en multitud de cuestiones, extraviarse el asentimiento universal?

No, la unanimidad nada significa en punto a certidumbre. Pues bien; tomad, sea la que fuere, una de las cuestiones planteadas al cuerpo electoral, cualquiera de los proyectos de ley sometidos a las asambleas legislativas. No hay uno que no dé motivo a réplicas, interpretaciones ó votos contradictorios. ¿Y porque la mayoría haya adoptado tal cuestión ó tal proyecto de ley, ha de estar conforme con la verdad y la justicia? ¿Qué locura! ¿Locura desde el punto de vista filosófico! ¿Error desde el punto de vista de la historia!

Tómese el trabajo de hojear esto y se encontrará casi en todas las páginas la prueba de tal error. Se verá que, como todo, la verdad ha avanzado por desarrollos sucesivos; que el progreso ha seguido a través de mil dificultades, mil resistencias y precauciones mil; que la verdad, entrevista a los comienzos por algunos clarividentes, ha sido combatida con rabia feroz por todos aquellos cuyas creencias hería ó cuyos intereses lastimaba. Estos, los ricos y directores, forman siempre salvaje coalición contra ella, y no hay clase de calumnia y de tortura que no se haya puesto en juego para acabarla ó vencerla.

No sé quién ha dicho: «Todo progreso es la negación del punto de partida.» Tal afirmación no justifica, pero explica esa guerra encarnizada que el poder espiritual ó temporal hizo siempre al pensamiento en busca del progreso y de nuevos horizontes.

En «*L'Egalité de l'homme*», H. de Girardin escribe: «Parece que sólo el error debería tener enemigos y que la verdad no debiera contar sino con amigos. Pues sucede lo contrario. Los que militan en el error son tan numerosos como escasos los que militan en la justicia. Y esto se explica: La Verdad aisla. Para defenderla uno contra millones de sordos y de ciegos, arrojando su ignorancia, su intolerancia, y a riesgo de pasar por loco, con peligro de su fortuna y de su libertad, con peligro de su vida misma, se necesita valor, es preciso la audacia.»

repartido la tierra, han hecho leyes de unión y garantía contra la multitud, como hubieran construido albergue en los bosques para defenderse de las fieras. Un Necker de nuestros días no tendrá que cambiar una línea ni borrar una palabra de tal afirmación.

Juan Jacobo Rousseau se expresa así, con su vigor y claridad habituales: «El espíritu universal de las leyes de todos los países, es favorecer siempre al fuerte contra el débil y al que tiene contra el que no tiene nada. Este inconveniente es inimitable y sin excepción.»

Bentham, bajo otra forma, reproduce el pensamiento de Necker: «No puedo contar, para el goce de lo que miro como mío, sino con la promesa de la ley que me lo garantiza. La propiedad y la ley han nacido juntas. Antes de las leyes no había propiedad; quitad las leyes y toda propiedad acaba.»

El economista Sismondi reconoce que la mayor parte del coste del establecimiento social, se destina a defender a los ricos contra los pobres.

En su *Livre du Peuple*, dice Lamennais: «Lo que plugo ordenar a los amos se llamó ley, y las leyes, en su mayoría, no han sido más que medidas de interés privado, medios de aumentar y de perpetuar el dominio, y el abuso del dominio del número menor sobre el más grande.»

«Demasiado se ve, declara Mr. Leon Faucher, que los propietarios han hecho la ley y que la han hecho en su solo interés.»

En la *Historia de la propiedad en Occidente*, de Laboulaye, un jurista consular distinguido, encuentro: «Las leyes, no protegiendo más que la propiedad, la hacen nacer. El derecho de propiedad, no es natural, sino social.»

Véase, por fin, la opinión original del célebre eriminalista italiano Lombroso: «La obra entera de la ley no es más que un mecanismo en favor de abogados y magistrados.»

Podría multiplicar tales citas. ¿Pero a qué? Por poco trabajo que quiera tomarse en hojear los Códigos, cualquiera advertirá en seguida que, de cien leyes, hay sesenta y tres que conciernen a la propiedad, veinticinco que se relacionan con la gestión gubernamental, y sólo una docena que tienden a la seguridad de las personas.

Por tanto, es evidente que las 88 leyes de las 100 que tienen por objeto la salvaguardia de los derechos de la propiedad y del gobierno, no pueden ser y no son beneficiosas sino para los propietarios y los gobernantes. ¿Se habrían por fortuna dictado en favor de los que nada tienen las leyes contra el robo, la estafa, el cohecho, la mendicidad y la vagancia? ¿Apro-

lo por otro, éste contendrá forzosamente prohibiciones, dictará penas, y la libertad así aclamada será un engaño, como lo será la nueva legislación teniendo por objeto ineludible restablecer bajo nueva forma, enmascarar con un nuevo artículo del código, la opresión que se está obligado a hacer que desaparezca.

Para comprender todo esto, digámoslo una vez más, bastaría con el sentido común; pero eso sería muy sencillo, y los metafísicos de la política se complacen en embrollar las cosas más claras, a fin de oscurecer los cerebros que les interesa tener encadenados, porque es el medio más seguro de agitar las voluntades y las conciencias.

Véase, por lo que precede, que el objeto de la ley no es depurar ni garantizar los derechos naturales del individuo, sino que los viola forzosamente, y que, por tanto, existe antinomia constante y fatal entre el derecho natural y la ley.

En su obra maestra, *Las ruinas*, Volney ha explicado perfectamente que hasta su tiempo la ley no había sido más que el robo perpetuo del derecho natural, mas se engañó al pensar que era susceptible de convertirse en expresión de ese derecho. Esto al menos es lo que resulta de la opinión que desarrolló; a saber: que las buenas leyes escritas se conocen por la similitud que tienen con las leyes naturales.

No hay empero semejanza alguna entre las primeras y las segundas. Las leyes de la gravedad, de la atracción, de la afinidad química, de la evolución, han existido en todos los tiempos. No han sido hechas por los hombres, sino solamente descubiertas y formuladas. Están por sí mismas, independientemente de la interpretación que se les ha dado, en el tiempo y el espacio; en una palabra, son por donde son; y si la aguja imantada, por ejemplo, se dirige normalmente hacia el mismo punto del horizonte, no es porque el oficial de marina que la consulta se lo ordene, ni tampoco por permitir al navegante que halle rumbo a través de la inmensidad de las aguas. Han sido, sino únicamente porque está en su naturaleza el tomar aquella dirección. Tal género de leyes, que la ciencia ha descubierto por una experimentación constante y que por inducción ha formulado, constituye lo que se llama las leyes naturales. No hay necesidad alguna de codificarlas; son a la par inmutables é ineludibles. Su infracción constituiría un milagro, y en nuestros días, sabido es que, si hay aún multitud de misterios que el talento humano no ha penetrado, el milagro ni existe ni puede existir.

Otra cosa son las leyes artificiales, es decir, fabricadas por los hombres y formuladas en textos precisos, resumidas en

Leo en Melvilus: «¿Qué es una verdad nueva? Un nuevo medio de acrecentar ó asegurar la felicidad de los pueblos. ¿Qué resulta de esta definición? Que la verdad no puede ser dañosa. ¿Un autor deseará algo con esto? ¿Cuáles son los enemigos?»

1.º Los que contradicen.
2.º Los envidiosos de su reputación.
3.º Aquellos cuyos intereses son contrarios al interés público.

Paye declara que «no son los contemporáneos los que aceptan la verdad, sino sus sucesores.»

El autor, no tan conocido como debiera, de la ciencia social, el fundador del socialismo racional, Collins, tiene la idea de que «cuanto más universal es una opinión, más estácida es.»

Nada más fácil de concebir. Una idea nueva nunca se abre rápidamente camino en la opinión pública. Antes de ganar las inteligencias, fuerza es que pueda ser propagada, discutida. Pero como toda idea provechosa a la masa dirigida, es perjudicial a la minoría directora, se esconde naturalmente de la maldad de ésta, que emplea para combatirla, el shogari ó impedir que se extienda, de cuantos medios dispone: poder, influencia, riqueza, enseñanza, prensa.

La infatigable propaganda del pensador hace por fin que un grupo comparta sus convicciones. Ese grupo crece poco a poco. Ya no es una boca sola la que proclama la idea nueva; hay diez, luego ciento, luego mil. Se fundan círculos, se organizan clubs, la propaganda se multiplica; lenta, pero seguramente, se produce la evolución y por fin triunfa la idea nueva. Entonces se vulgariza con prodigiosa rapidez. Es la lava que durante largos años ha rugido sordamente en el fondo del volcán, que ha causado convulsiones más ó menos frecuentes y vigorosas, y que, saliendo al fin del cráter, vomita su fuego alrededor.

Agassiz dice, que cuantas veces se produce en las ciencias un hecho nuevo y sorprendente, las gentes dicen por pronto: «eso no es verdad» después: «es contrario a la religión, al orden» y por fin: «hace mucho tiempo lo sabía todo el mundo.»

«No es muy cierto?»

Hasta puede decirse que cualquier idea pasa por tres fases principales: la fase ridícula; todos exclaman: «eso es insensato, eso no tiene pies ni cabeza»; la del examen y la crítica: «no obstante, puede que haya en eso algo de bueno y de cierto»; en fin, la del triunfo: «hace mucho tiempo que comprendí todo eso y que vengo luchando para que se acepte.»

Lo malo es, por lo menos en lo que a la política respecta,

vechan por ventura a los simples ciudadanos esas leyes que reprimen los insultos a los magistrados, los ultrajes a los agentes, las conspiraciones contra la seguridad del Estado, las excitaciones a la rebelión, etc., etc?

Tan sencilla consideración basta para probar, que las nueve décimas partes de nuestras leyes tienen por único destino la defensa del poder gubernamental existente y la de la propiedad individual. Hermosa igualdad, por cierto, la que pone frente a una misma ley dos ciudadanos, de los que uno es protegido por ella, mientras el otro sólo es llamado a conocer de la misma el *dura lex, sed lex*.

En vano se me dirá que el que confecciona la ley está, como yo, obligado a someterse a ella y que eso precisamente constituye la igualdad de que se trata. ¿Qué me importa que en vez de decirme: «Haz esto, no hagas eso»; el legislador me diga: «Hagamos esto; no hagamos eso», puesto que se trata, en suma, de hacer lo que le aprovecha y me perjudica, lo que le agrada y me disgusta, lo que cumplir su voluntad y no la mía?

Si ó no; su sumisión, su servidumbre, si la hay en esto, ¿impide la mía? No; pero en tanto que la suya es voluntaria, la mía es obligatoria; y esa diferencia, y esta diferencia esencial basta para romper la aparente igualdad que se pretende establecer entre él y yo. Además, aunque esa igualdad existiera realmente, en la práctica, por el modo escandaloso con que la ley se aplica por una magistratura forzosamente parcial—pues que es humana—resultaría una añagaza.

Podría alegar aquí una requisitoria contundente contra esa repugnante aplicación de la ley. Pero me bastará con recordar las iniquidades, presentes en la memoria de todos; las lentitudes judiciales inconcebibles y las precipitaciones imperdonables; los autos de libertad incomprensibles y las detenciones arbitrarias; los no ha lugar pasmosos y los procesamiento injustificados; las absoluciones irrisorias, y las condenas irritantes. Infinito es preguntar por qué tanta indulgencia y atención por una parte y tanta rudeza y severidad por otra. La clásica y antigua comparación de la tela de araña que deja pasar al moscardón y detiene a las moscas pequeñas, es y será siempre justa. Los magistrados son a la vez intérpretes y guardadores de la ley. Esta es suave para los amos, los ricos y los que dirigen; dura para los servidores, los pobres y los dirigidos. ¿No es forzoso que los jueces se inspiren en este hecho, que conocen tan bien, y es creíble que esos señores puedan olvidar que la *letra mata y el espíritu vivifica*?

La ley no se ha hecho para todos, puesto que en realidad es en favor de unos cuantos, contra los otros; tampoco es aplicable a todos, al menos igualmente, puesto que es, según las personas y por la misma infracción, aplicada a éstos con

libros que se llaman códigos. Son éstas tan versátiles como los legisladores y, además, circunstancias forzosamente, porque se adaptan a una materia perpetuamente ondulante, porque rigen intereses inmediatos que se modifican con los individuos, los grupos y los desarrollos de la humanidad. No hay por tanto una sola ley que no haya sido objeto de larga serie de modificaciones, ni una hay que no sea pura modificación de la de ayer, ni una para mañana que no sea forzosamente la negativa de la de hoy. Esta es la causa de que, filosóficamente, el valor de todas las legislaciones humanas esté amenazado de nulidad completa. Por esta razón, al contrario de la ley natural, la ley artificial codificada es violada constantemente y no podría existir sin la represión correlativa; y por tal motivo, mientras que la primera existe, abstracción hecha de todo legislador, la segunda lo necesita; por eso, en fin, sea el que sea el legislador y sea la ley la que fuere, ésta carece de valor desde el punto de vista racional y no tiene carácter alguno de obligación para el ciudadano.

Redactado por uno solo, por algunos, por la mayoría y hasta por todos, el código no es en realidad más que un documento falso desde el primero al último párrafo y al que no se debe respeto ni obediencia, porque sólo es expresión de la fuerza enmascarada hoy con el sofisma de una fuerza ridícula, ciega, incoherente y feroz: la fuerza del número.

Por todas partes que se mire, la ley sólo aparece como una consecuencia: resulta forzosamente de la idea de propiedad y gobierno. Suprimida la propiedad individual, las leyes que se relacionan con tal principio no tienen razón de ser. Suprimido el gobierno, cuantos textos se relacionen con este agente artificial, resultan inútiles.

Por consecuencia, para que la legalidad tenga carácter respetable y legítimo, preciso es admitir de antemano que ese mismo carácter corresponde a las instituciones económicas y políticas. Condenar a aquélla, es condenar a éstas.

En fin, a los que, a pesar de las precedentes consideraciones, persistieran en querer justificar el derecho contemporáneo con su indispensable corolario, la legislación, responderé a riesgo de parecer celoso de un primer ministro. (M. Charles Dupuy, que en un discurso de Tolosa encorrió el socialismo en un dilema que se recuerda aún.) O vuestras leyes son buenas y justas, en cuyo caso no hay que tocar a ellas y vuestras asambleas legislativas son por completo inútiles; o vuestras leyes no son justas ni buenas, y en este otro caso, ¿quién da el nombre de quién ó de qué tenéis la pretensión de imponerlas y querer que se las respete?

¿Es claro esto?

que es de lo que aquí se trata, que cuando una idea ha concluido por conquistar los cerebros y los corazones, ya no está conforme con el progreso, que avanza sin cesar. Una idea empuja a la otra, y es de notar que la que más adhesiones reúne se refiere casi siempre—podría suprimirse el casi—a un estado social antiguo que no se adapta ya a las exigencias del desarrollo nuevo, no responde a las tendencias del momento y no cuadra ya con las necesidades de la época.

La idea que surge del nuevo estado de cosas no agrupa en torno suyo más que un corto número de adictos, y cuando emprende la lucha, ve invariablemente alzarse contra ella los satisfechos, coligados para hacerle la guerra sostenidos por los doctrinarios, los interesados ó los inconscientes.

Así en toda época de la historia humana, de las dos ideas, esta es la que se acerca más a la verdad, esta la que se conforma mejor al desenvolvimiento, al progreso que por la fuerza de las cosas se encuentra en minoría.

Como se ve, el juicio de la historia se halla de acuerdo con la lógica más sencilla para condenar la ley del número en nombre del progreso, lo mismo que en el de la ciencia, del sentido común, de la justicia, y para proclamar que, por el contrario, del lado de los menos es donde hay que buscar la verdad y el progreso. La ley del número es la ley de la fuerza bruta, estúpida, ciega, incomprensible, incoherente y mudable.

Que trescientos un individuos formen mayoría en una cámara cualquiera y voten una ley. Que algún tiempo después, sin más razón que la muerte, la enfermedad, la ausencia ó la venalidad de uno de esos *honorables*, la minoría se convierta en mayoría, y lo que era justo ayer deja de serlo hoy, mientras lo que era injusto se convierte en equitativo. (1)

¿Y ante un sufragio que llega a tales absurdos, ha de inclinarse mi razón? ¿En Código hecho así, he de buscar un guía? ¿De una ley así fabricada, debo, sin quejarme, aguantar la sanción? ¿No habría motivo para saltar la carejada, si se tratase de asunto menos grave?

Para imponer este *Derecho de nocrático*, esta ley de la mayoría, se ha recurrido al respecto a las conciencias de borregos; a un argumento que, gracias a un falso concepto de la igualdad, a un erróneo sentimiento de la libertad, parece perentorio.

(1) Los periódicos nos enseñan que muchas veces los parlamentarios han cambiado así de julio, y que esos cambios en la mayoría se han producido de una mes a otro, de uno a otro día, y a veces en la misma sesión, entre dos escrutinios.

extremada blandura, y a aquéllos con rigidez implacable.

No soy, en verdad, admirador del pasado, y aborrezco profundamente los regímenes caídos; pero no puedo menos de hallar extravío en nuestros feroces demagogos que, después de haber profirido diatribas violentas contra la ley monárquica, declaman períodos pomposos sobre la ley republicana.

Porque si hay un hecho difícil de negar, es el de que estamos regidos por una legislación que desde hace siglos no se ha modificada sensiblemente. La fachada del monumento acaso esté ligeramente adornada; pero a esto se limitan todas las transformaciones.

Son las mismas las leyes sobre la propiedad, la autoridad y la seguridad de las personas; las revoluciones han soplado sobre nuestros antiguos Códigos; el polvo apenas se ha removido; el edificio viejo es hoy lo que era bajo los reyes. Si hoy, pues, el código vale, valía hace cien años; pero si era opresivo hace un siglo, no ha podido dejar de serlo, puesto que no se ha movido.

Opresiva es la ley, y añado que no puede dejar de serlo.

Una cosa que jamás deja de sumergirme en confusión extranea, es la seguridad con que hombres graves y que parece que han estudiado, nos dicen que la ley se ha hecho para asegurar nuestras libertades. Aquí se comprendería tal extraordinario lenguaje en boca de un niño, de un pobre de espíritu ó de un ignorante limitadísimo a repetir lo que se le ha enseñado. Pero en boca de personas ilustradas y que tienen la costumbre de pensar, semejante aserto es inexcusable.

Y no obstante esa misión de garantizar las libertades, hasta tal punto es por la generalidad atribuida al gobierno, y no a la ley, que cualquier persona que cree deber quejarse de algo ó de alguien, no ve otro remedio en su situación que la intervención del poder: debería hacerse una ley sobre este punto, dice esa persona; el gobierno no debe tolerarlo; debería exigir esto ó aquello. La ley ha pasado en el cerebro de mucha gente al estado de providencia terrestre. En la cabeza rellena de prejuicios de ciertas gentes, el gobierno es como un protector natural cuya única misión es velar porque nada les falte, no se les haga daño alguno, y todos sus derechos sean escrupulosamente respetados.

No crea que pueda imaginarse una concepción más opuesta a la realidad de los hechos. El gobierno no debería desempeñar otro papel que el de velar porque no nos falte nada, lo que supondría que tiene medios de darnos algo, y que, por tanto, produce; siendo, por el contrario, nosotros los que tenemos que llevar sus cajas y mantener sus empleados. Nada nos da ni puede darnos, y, en cambio, exige de nosotros lo

Acabo de explicar lo que es el derecho contemporáneo; he mostrado sus orígenes, su principio; he señalado en él las causas reprobatorias; he podido ver que toma de los derechos que en la historia le han precedido todos sus inconvenientes, sus peligros, sus vicios; que la legislación que de él emana pone la mano en todas las libertades y es la negación de los derechos individuales; es la organización de la opresión, la aparente justificación de las servidumbres; se ha podido comprender que de un extremo al otro, hecha en favor de los que retienen el poder y la riqueza la ley, para llegar a cubrir las apariencias é imponer el respeto y el temor, véase obligada a guarecerse tras un plan ingeniosísimo de hipocresías sutiles. Esos fetiches que en su estúpida ignorancia adoran los salvajes, fetiches encerrados cuidadosamente en los templos, rodeados de misterios y cuyo acceso está prohibido a los profanos, inspiran a los rédulos un espante ridículo, una fe grotesca. La multitud les atribuye cuanto puede ocurrir de provechoso y suculento de perjudicial. Sólo los iniciados saben lo que debe pensarse de los fetiches y los fetichistas. Así, pues, nunca serán bastantes precauciones las que se tomen para ocultar tales arcanos a la inquisición que podría desvanecer el temor, quitar el respeto y acabar con la sumisión.

Bien lo había advertido Voltaire cuando escribía: «Páreseme esencial el que haya mil millones ignorantes... Cuando el populacho se mete a razonar, todo está perdido.»

Lamennais exclama: «Te quejas de no cultivar tu espíritu, desarrollar tu inteligencia, y tus dominadores dicen: «¡Así está bien! Es preciso que esté embrutecido para ser gobernable.»

El economista Miguel Chevalier confiesa que «nuestra Francia sería ingobernable, si los campesinos hubiesen disfrutado las mismas enseñanzas que una parte de los obreros.» La opinión del célebre fundador de la *Escuela Fisiológica*, el doctor Broussais, es la misma: «La ignorancia es necesaria en las masas, y bajo la influencia de la veneración es como han sido explotadas las masas desde la infancia de la humanidad.»

¡Pues bien! Un derecho que descansa sobre absurdos, que se cubre de un velo misterioso, que necesita la ignorancia de los que está llamado a regir, ese derecho no es ni respetable ni respetado.

«La autoridad que se desvorea, pronto es desafiada», según justa expresión del conde de Segur. No quiso decir otra cosa el general Cavaignac al afirmar que «no podrá vivir cualquier gobierno que permita se discutan sus principios», y José Fabre tiene razón al pensar que la «legalidad no vale sino mientras tiene por base la justicia.»

(Continuará.)